

**THOMAS MANN**

**LOS DIEZ MANDAMIENTOS**





---

Su nacimiento fue irregular, de ahí que amara apasionadamente el orden, lo inviolable, lo que debe y no debe hacerse.

En su juventud, llevado por un acceso de furor, mató a un hombre; de esta manera supo, mejor que el inocente, que si matar es hermoso, haber matado es lo más horrible, y que debe estar prohibido matar.

Era sensual y por lo tanto le atraía lo espiritual, lo puro, lo sagrado; anhelaba lo invisible, porque sentía que solo en lo invisible estaba lo espiritual, lo sagrado, lo puro.

Entre los madianitas, pueblo disperso por el desierto, diligente y emprendedor, formado por pastores y mercaderes, en el que se refugiara luego de su crimen, al huir de Egipto, su tierra natal (siguen más detalles), enteróse de la existencia de un Dios que no podía verse, pero que todo lo veía, un Dios que habitaba en la montaña y que al mismo tiempo hallábase sentado, invisible, dentro de un arca portátil, bajo una tienda en la que hacía las veces de oráculo. Para los hijos de Madián, este numen, de nombre Jehová, no pasaba de ser un dios entre tantos; no se le daba gran importancia y se le rendía culto más bien por precaución y en previsión de lo que pudiera suceder. Imaginaban que entre tantos dioses quizás hubiera alguno que no acertara a ver, incorpóreo, y en atención a esto le rendían culto para no incurrir en descuidos, no ofender a nadie ni atraer sobre sí molestias de parte de ninguno.

Moisés, en cambio debido, a su anhelo por lo puro y lo santo, sintióse hondamente impresionado por esa peculiaridad de Jehová; le pareció que ningún dios visible podía rivalizar con uno invisible, y le sorprendía que los hijos de Madián dieran tan escasa importancia a esa cualidad que él juzgaba llena de incalculables derivaciones. Meditó larga y profundamente sobre esto mientras guardaba el rebaño del hermano de su mujer, una madianita, turbado por inspiraciones y revelaciones

---

que en una ocasión llegaron a sobrepasar su fuero íntimo y corporizarse en resplandeciente visión, manifestación palpable de la orden divina, prescribiéndole inexorable la tarea que debía emprender. Llegó entonces a la convicción de que Jehová no era otro que El`eljon (El Único y Supremo), El Ro`i, (El Dios que ve), el mismo que ya recibía el nombre de El Shaddai (El Dios de la Montaña), El Olam (El Dios del Mundo y de la Eternidad), en una palabra, el mismo Dios de Abrahán, Jacob e Isaac, el Dios de los antepasados, y por consecuencia, de esos mismos desdichados que habitaban la tierra de Egipto, esclavizados, olvidados de sus tradiciones, desarraigados en sus creencias, cuya misma sangre fluía por las venas de Moisés, por parte de padre.

Impresionado por este descubrimiento, con el espíritu sobrecogido, estremecido de ansias por llenar su cometido, puso fin a su estada de tantos años entre los medianitas. Hizo montar en un burro a su esposa, Séfora, mujer de buena cuna, hija de Ragüel, rey sacerdote de Madián, y hermana de Jetro, importante terrateniente; llevóse también a sus dos hijos, Gersan y Eliezer, y durante siete días de viaje los condujo hacia el oeste, a través de los desiertos, de regreso a Egipto, o más precisamente hacia las tierras bajas e incultas del delta del Nilo, una de cuyas zonas, denominada Kos, Goschem, Gosem o Gesén indistintamente, estaba habitada por la raza doliente y fatigada de sus antepasados.

A partir de allí, dondequiera se encaminara, chozas, canteras o campos de pastoreo, allí explicaba a la raza de su padre la gran revelación. Y mientras hablaba, sacudía los brazos y apretaba los puños. Les anunció que el Dios de sus padres había sido reencontrado, y que se le había anunciado a él, Moscheh ben'Amram, en el monte Hor, del desierto de Sin, bajo la forma de una llama de fuego en medio de un arbusto que ardía sin ser consumido. Habíale dicho que su nombre era Jehová que significaba “Soy yo quien soy desde la eternidad hasta la eternidad” que amaba a ese pueblo y que estaba dispuesto a sellar su unión con el mismo eligiéndolo entre todos los demás pueblos bajo una

---

condición: la de que jurara mantener esa unión y constituirse en pueblo dedicado al culto único y desprovisto de imágenes del Dios invisible.

Moisés no cesaba de infundir en el ánimo de todos esta prescripción, temblándole, los puños desde su descomunales muñecas mientras los, arengaba. Sin embargo no era del todo sincero con ellos y mucho les ocultaba de sus pensamientos a decir verdad, lo más importante de todo por temor a que entraran a desconfiar y lo abandonaran. No dijo una palabra acerca de lo que llevaba implícito la invisibilidad del Dios, la espiritualidad, la pureza, lo sagrado, y se abstuvo de puntualizarles que desde el momento de convertirse en siervos juramentados del Invisible, se constituirían en pueblo aparte, de pureza excepcional y santidad pareja.

Lo calló por miedo a alarmarlos, porque esta carne y sangre de su padre hallábase tan apaleada y oprimida, tan confundida en su culto. que no podía dejar de desconfiar de ella, bien que la quisiera. Y de hecho, cuando les decía que Jehová el Invisible los prefería entre todos, atribuía a la Deidad lo que probablemente fuera así pero que con toda seguridad era su propio sentir: es decir que él, Moisés, tenía predilección por el pueblo de su padre, del mismo modo que al escultor le agrada el informe del cual piensa tallar una imagen excelsa y hermosa por obra de sus propias manos. Tal el motivo de la palpitante ansiedad que hiciera presa de él, desde su partida de Madián, Junto con el peso sobrecogedor de la carga impuesta a su espíritu por el dictado del Señor.

Lo que asimismo calló fue la segunda mitad de ese dictado. que constara de dos partes. Porque no sólo se le había impuesto que comunicara a las tribus el redescubrimiento del Dios de los antepasados y su predilección por este pueblo, sino también que él, Moisés, había sido elegido para conducirlos fuera del cautiverio egipcio, hacia la libertad, atravesando para ello muchos desiertos antes de arribar a la tierra de sus antepasados, la tierra Prometida. Esta misión guardaba estrecha Vinculación con el anuncio divino, y hallábase indisolublemente ligada a éste. Dios y la liberación mediante la vuelta a

---

la Tierra de Promisión; el Invisible y el sacudimiento del yugo extranjero. Para él, ambas cosas eran una misma y única, pero se abstuvo de hacerlo saber al pueblo. Comprendía que la segunda parte no podría realizarse sin la primera, y también porque abrigaba la esperanza de que por si mismo conseguiría lo segundo del faraón, rey de Egipto, con el que tenía una relación no del todo lejana.

Mas ya fuera porque la gente encontraba desagradable su modo de hablar, que no era cautivante en modo alguno, entrecortado, sin hallar con frecuencia la palabra adecuada, o porque sospechara que tanto apretar puños y tanto hablar de los atributos de la invisibilidad y del vínculo que se les ofrecía, ocultaba el propósito de empeñarlos en esfuerzos y peligros superiores a sus fuerzas, se mantenía distante, falto de entusiasmo. Y ante la persistencia de Moisés, se mostraba todavía mas preocupado y obstinado, mirando de reojo a los maestros de obra egipcios y murmurando entre dientes:

-¿ Por qué gritas de ese modo? ¿ Y qué cosa estás diciendo? ¿ Y quién te ha nombrado juez ante nosotros? No podemos darnos cuenta...

Esto no era una novedad para él. Lo había oído antes, en su huida hacia Madián.

## II

Su padre no fue su padre, y su madre no fue su madre, tan irregular fue la cuna de Moisés. Cierto día, Ramessu, la segunda hija del faraón, entreteníase junto a sus doncellas en los Jardines reales a orillas del Nilo, bajo custodia armada. Advirtió entonces a un joven hebreo de pie, sacaba agua del Nilo, y lo deseó. Tenía la mirada triste, un leve bozo en la barbilla, y fuertes músculos en los brazos revelaban sus movimientos al extraer el agua. Trabajaba con el sudor de su frente y muchos eran sus pesares; mas a la hija del faraón parecióle la encarnación de la belleza y el deseo, de modo que ordenó se le condujera a su pabellón. Allí le acarició los cabellos empapados en

---

sudor con sus exquisitas manos inmaculadas, besó sus músculos, y provocó su masculinidad hasta que la poseyó - él, el esclavo extranjero, haciendo suya a la hija del faraón. Lo dejó ir luego, pero no llegó lejos. No había dado treinta pasos cuando lo mataron, enterrándolo al instante para que ningún vestigio quedara del momento de placer de la hija del sol.

-¡Pobre! -comentó ella al saberlo - Ponéis demasiado celo en todo... El hubiera callado porque me amaba.

Quedó encinta y en nueve meses dio a luz un varón, sin que nadie se enterara. Sus doncellas lo colocaron en una cesta de mimbre recubierta de brea, ocultándola luego entre los juncos de la ribera. A poco, simularon hallarlo, con grandes exclamaciones de sorpresa: “Oh, un milagro, un niño entre los juncos, como en los viejos cuentos de hadas, cuando Akki el aguatero encuentra a Sargon y lo cría con la bondad de su corazón. ¡Cómo se repiten las cosas! ¿Pero que haremos con nuestro hallazgo? Lo mejor será entregarlo a alguna madre humilde que tenga mas leche de la necesaria para criar a su hijo y a este otro, que lo haga crecer como un hijo más.

Dieron el niño a una mujer hebrea, que lo condujo a Gesen, en casa de Jochebed, mujer de Amram, hombre de la tribu de Leví, emigrados a esa zona, quien daba por entonces de mamar a su propio hijo, Aarón, y tenía leche de sobra. De ese modo, recibiendo a veces presentes de fuente desconocida, educó en su casa al niño de origen misterioso, con bondad y ternura. Y así fueron Amram y Jochebed sus padres ante los hombres, y Aarón su hermano. Amram poseía bueyes y tierras, y Jochebed era hija de un picapedrero. No sabían como llamar al niño y finalmente decidieron ponerle un nombre medio egipcio, o mejor sería decir la mitad de un nombre egipcio. Con frecuencia, los niños, egipcios llevaban nombres como Ptahmoisés, Amónmoisés, o Ramoisés, que significaba hijo de cada uno de esos dioses. Amram y Jochebed prefirieron dejar de lado el nombre de la deidad y llamaron al niño simplemente Moisés, es, decir, “hijo”, a secas. La cuestión era saber ¿de quién?

---

### III

Creció como un miembro mas de la tribu emigrante, hablando su lengua.

Se había permitido la entrada a Egipto de sus antepasados en tiempo de gran sequía. Beduinos hambrientos del Edom, fueron llamados por los escribas del faraón. Los guardias fronterizos los habían conducido a la tierra de Gesén, dándoles esas tierras bajas como campos de pastoreo. Si alguien imagina que esos campos les fueron cedidos, conoce mal a los hijos de Egipto, los dueños de casa. No solo debieron pagar con crecido número de cabezas de ganado, gravamen harto pesado, sino que, quienquiera tuviese fuerza suficiente debía pagar también con su trabajo, prestando servicios en las inmensas construcciones de toda suerte que se levantaban sin descanso en Egipto. Particularmente a partir de Ramsés, el segundo de su nombre, que reinando en Tebas, hizo de las construcciones más extravagantes su placer y deleite. Construyó en todo el país magníficos y costosos templos, y en el delta del Nilo amplió y mejoró el largo canal que reuniendo el brazo orienta del Nilo con los lagos Amargos, unía al mismo tiempo al Mediterráneo con la extremidad del Mar Rojo, obra ésta empezada hacía tiempo y que no habla sido concluida. A orillas de dicho canal mando alzar dos ciudades fortalezas, llamadas Pitom y Ramsés. Y fueron los hijos de aquellos inmigrantes judíos los que, con el sudor de sus cuerpos, cocieron, transportaron y apilaron los ladrillos con que se alzaban estas construcciones siempre bajo el látigo egipcio.

Aquel látigo era más simbólico que efectivo, pues no se castigaba a las tribus Judías arbitrariamente. Y cuantos trabajaban comían bien: pescado del Nilo en abundancia, pan, carne y cerveza mas que suficiente. Pero así y todo, esa faena no estaba en los hábitos judíos. Tenían sangre de nómadas, libres y andariegos por tradición. Eso de verse obligados a trabajar un determinado número de horas, y sudar a



---

mares para ello, iba en contra de la misma naturaleza de ese pueblo. Sin embargo, no podían sobreponerse a esas desdichas por hallarse demasiado desvinculada una tribu de otra y carecer de conciencia de grupo definido. Y así, generación tras generación, acampaban en una tierra de transición, entre la de sus antepasados y el Egipto propiamente, dicho. Sus espíritus eran vacilantes, habían olvidado muchas cosas, otras las habían aprendido a medias, no confiaban en si mismos, ni tampoco duraba mucho el resentimiento que despertaba en ellos el trabajo obligatorio, olvidándolo a la vista del pescado abundante la cerveza y la carne.

En cuanto a Moisés, que pasaba por hijo de Amram, al salir de la niñez, con toda seguridad hubiera debido acarrear ladrillos para el faraón. Pero no sucedió así. El joven fue enviado al Egipto Superior, a un colegio interno de jerarquía, dónde se educaban los hijos de los reyes sirios y vástagos de nobles indígenas. Fue enviado allí por su verdadera madre, la hija del faraón quién, aunque sin dudas voluptuosa y casquivana, no carecía de corazón, y recordando al padre enterrado, al aguatero de los ojos tristes y la barba rala, había pensado también en el hijo. No quería que siguiera junto a la gente del desierto, y dispuso darle la educación propia de un egipcio en vías de obtener colocación en la corte, cual tácito reconocimiento de que la mitad de la sangre que corría por sus venas era divina.

Así, pues, vestido en blanco lino y tocado con peluca, aprendió Moisés las ciencias astronómicas y geográficas, la literatura y las leyes. Pero no se sentía dichoso entre aquellos necios del colegio distinguido, aislándose de entre todos henchido de aversión por el refinamiento y el lujo al que, de hecho, debía su origen. La sangre de aquel que había sido muerto en aras de esa misma lujuria, era en él más potente que la mitad egipcia, y su corazón estaba junto a aquellos pobres seres de Gesén, que ni siquiera tenían el coraje de expresar su resentimiento. Se aliaba a ellos, contra la vida licenciosa y el orgullo huero que su madre personificaba.

- ¿Cómo te llamas? - le preguntarían sus compañeros.

- 
- Moisés - contestaría.
  - Ah Moisés o PtahMoisés - insistirían.
  - Moisés a secas - replicaría él.
  - Eso es pobre, vulgar y feo -le contestaría alguno, con lo que provocaría seguramente a Moisés un acceso de furia en el que le hubiera gustado matarlo a golpes.

Sabía Moisés que todas estas preguntas solo tenían una intención, la de hacer hincapié en su origen ilegítimo, acerca cual estaban todos más o menos informados. ¿Cómo podía ignorar que debía su origen al indiscreto fruto del placer egipcio? ¿Cómo ignorar que era un bastardo, fruto de la lujuria, cuando los retozos de la hija del faraón tenían tanto de secreto para ésta como para el mismo Moisés, cuando todos los que de una u otra manera estaban relacionados con el palacio sabían que Ramsés el constructor, era su abuelo de concupiscencia, de resultados de un instante de placer desenfrenado y fatal? Sí, Moisés sabía, y sabía que el faraón también lo sabía. Y cada vez que pensaba en ello dirigía una torva mirada hacia el trono del faraón.

## IV

Al cabo de dos años transcurridos entre los necios de la escuela tebana, no pudo soportarlo por mas tiempo. Una noche escaló el muro y huyo hacia Gesén junto al pueblo al que perteneciera su padre. Deambuló meditabundo por entre las tribus hasta que cierto día, hallándose junto al canal, próximo a las nuevas construcciones de Ramsés, vio a un capataz egipcio azotar a un obrero que quizás se hubiera mostrado perezoso o recalcitrante. Moisés empalideció y con ojos que le llameaban de furia interpeló al egipcio, quien por toda respuesta le asestó un golpe en la nariz, quebrándole el hueso que quedo así de por vida. Moisés replicó arrancándole el látigo de la mano y golpeándole el cráneo con la empuñadura le dio muerte instantánea.

---

No había mirado en torno suyo para cerciorarse de si lo verían, pero tratándose de un sitio solitario, sin nadie en las proximidades, procedió a enterrar solo a la víctima, pues su defendido se habla echado a la fuga; y luego de matarlo y enterrarlo, tuvo la sensación de que toda su vida habla ansiado hacer eso, precisamente.

Su acto de violencia permaneció ignorado al menos por los egipcios, que no lograron averiguar qué habla sido del capataz. Pasó algún tiempo. Moisés no dejaba de deambular por entre el pueblo de sus antecesores paternos, de molestarlos mezclándose en sus asuntos. Cierta día, por ejemplo, vio reñir a dos obreros al punto de irse a las manos, de modo que intervino diciéndoles: “¿Pero, que os ocurre, discutiendo de ese modo y queriendo pelear? ¿No sois lo bastante desdichados ya como para uniros unos a los otros, en lugar de mostraros los dientes? Este hombre no tiene razón, lo he visto. Cede pues y resígnate, en cuanto a ti, no te envanezcas por ello.”

Pero como ocurre con tanta frecuencia, ambos contendientes se unieron contra el tercero, diciéndole: “¿por qué te mezclas en nuestros asuntos?”.

Aquél a quien Moisés hallara en falta, mostróse mas agresivo todavía y gritóle a voz en cuello:

- Pero si es el colmo. ¿Quién eres tu para meter tu nariz de cabra en cosas que no te importan? ¡Ajá! Tú eres Moisés, hijo de Amram, pero con eso no dices mucho, porque nadie sabe a ciencia cierta quien eres, ni tu mismo siquiera. Nos intriga saber quién te ha nombrado nuestro juez y árbitro. ¿O es que quieres matarme como hiciste con el egipcio?

- ¡Calla!- prorrumpió; Moisés, alarmado, al tiempo que se preguntaba para sus adentros cómo habría llegado a saberlo ese individuo. Así fue como llegó a la conclusión de lo que debía hacer, de modo que al día siguiente, atravesó la frontera, por el sitio menos vigilado, junto a los lagos Amargos, por entre los juncos y los pantanos. Cruzó los desiertos de Sinaí, hasta llegar finalmente a Madián, habitado por los madianitas y su rey y sumo sacerdote, Ragüel.

---

## V

A su regreso a Egipto, embargado por su descubrimiento de Dios y el conocimiento de su misión, era un hombre ya, a la altura de sus poderes; de nariz achatada, mejillas prominentes, barba partida en la mitad, ojos grandes y vivos, muñecas increíblemente anchas, como podían apreciarse cada vez que se llevaba la mano derecha a la barbilla, actitud que adoptaba con frecuencia al meditar. Iba y venía sin descanso de choza en choza, y en cuanto lugar hubiera hombres trabajando y apretando los puños, con los brazos pegados al cuerpo, les hablaba del Invisible, del Dios de los padres que les ofrecía su protección. Mas, si bien mucho era lo que hablaba, la verdad era que no sabía hacerlo. Retraído por naturaleza, cuando la excitación hacía presa de él no podía expresarse. Para agravar esta tendencia estaba el hecho de que no dominaba ninguna de las tres lenguas que hablaba. El arameo sirio-caldeo que hablaba el pueblo paterno, lo había aprendido de sus padres adoptivos, olvidándolo luego por la lengua egipcia, que debiera aprender en la escuela. Y también estaba el árabe madianita que fuera durante mucho tiempo el idioma en que se expresara en el desierto. De modo que los confundía uno con otro y los entremezclaba al hablar.

Su hermano Aarón le fue sumamente útil; hombre reposado, alto, de negra barba y largos bucles que le caían sobre la nuca y de grandes párpados, que mantenía generalmente bajos, en piadosa actitud. Moisés lo había iniciado en todos los misterios, ganándolo en la forma más completa para el Invisible, y para todo lo que ello implicaba. Por otra parte, dotado Aarón de una disposición natural para la oratoria, sabía cómo hablar con unción y fluidez, de modo que la generalidad de las veces acompañaba a Moisés en sus viajes para convertir al pueblo, hablando en su lugar. Su voz, sin embargo, tenía un timbre un tanto

---

gutural y demasiado apagada, no acertaba a expresar una convicción absoluta en lo que decía, por lo que Moisés trataba siempre de añadir más fuego a sus palabras, sacudiendo los puños y con frecuencia interrumpiéndolo en su jerga de arameo, egipcio y arábigo.

La mujer de Aarón llamábase Eliseba, hija de Aminadab; también ella habíase convertido, y propagaba la doctrina, al par que Miriam, la hermana más joven de Moisés y Aarón, mujer de gran entusiasmo, que sabía tocar los tímbrales y cantar. Pero más que por estas tres personas, Moisés mostraba particularmente estima por un joven que se había dado de cuerpo y alma a la doctrina que predicaba y que no se movía de su lado. Se llamaba Hosca, hijo de Nun (que significa pez), de la tribu de Efrain, pero Moisés lo llamaba Jehoschua en atención a Jehová, qué abreviado resultaba Joschua, Josué, nombre que el joven llevaba con orgullo. Era un muchacho erguido, musculoso de cabello crespo, con nuez de Adán abultada y dos pronunciados pliegues en el entrecejo. Josué tema acerca de todo el asunto su propio punto de vista, que no era tanto religioso sino militar. Según él, Jehová, el Dios de sus padres era sobre todas las cosas el Dios de las batallas, y la idea de escapar al yugo egipcio encerraba por lógica derivación la conquista de nuestras tierras que las tribus hebreas pudieran habitar. Debían por fuerza vivir en algún sitio, y ninguna tierra, prometida o no, habría de serles otorgada de no mediar la conquista.

Josué, joven como era, tenía presente en su cerebro todo estos particulares, y los comentaba de continuo con Moisés, su maestro, su guía, su amigo. Sin contar con los medios necesarios para efectuar un censo preciso del pueblo, Josué había hecho un cálculo aproximado de las tribus acampadas en Gesén y cercanas a las ciudadelas de Pitom y Ramsés, además de los esclavos hebreos diseminados por el país, alcanzando su total alrededor de doce o trece mil almas. Ese número fue luego exagerado sin razón alguna, pero Josué había llegado a él haciendo los cálculos más exactos posibles y el resultado no le parcelo adecuado a sus pares. Tres mil hombres no constituían una fuerza combativa poderosa, aun contando con que una vez en marcha se

---

unirían a ellos las tribus de la misma sangre diseminadas por los desiertos. Con esas fuerzas no podía pensarse siquiera en emprender un proyecto de envergadura, es decir, debía contarse con mayor cantidad de gente para acometer la conquista de la Tierra Prometida. Y comprendiendo esta desventaja, Josué púsose a pensar en un espacio abierto donde la gente de su raza pudiera acampar durante algún tiempo, en condiciones favorables, a fin de que se acrecentara en la población que, conforme a su proporción normal lo que él sabía, era de un dos por ciento anual. A partir de aquí no cesó en la búsqueda de ese sitio, un refugio para refugiados, un asilo en donde pudiera desarrollarse un mayor poderío militar. Discutió frecuentemente sus proyectos con Moisés, mostrando poseer un profundo conocimiento geográfico de la región, cual si llevara impreso en el cerebro un mapa de las zonas que más le interesaban, con las distancias que los separaban y las reservas de agua en cada caso, sin olvidar la combatividad de sus habitantes ya establecidos.

Moisés comprendía perfectamente lo que Josué presentaba para él; sabía que habría de necesitarlo, y le agradaba ese entusiasmo, si bien los objetivos del joven le interesaban poco por el momento.

Tapándose la boca y la barba con la diestra, escuchaba los reparos estratégicos del joven, mientras pensaba en otra cosa. También para él, Jehová significaba el éxodo; pero no ya como una campaña para conquistar tierras, sino como un viaje hacia la libertad y el aislamiento. Jehová había ordenado a él, Moisés, que reuniera junto a sí a toda esa multitud indecisa, desvalida, confundida en sus creencias, a tanto hombre, a tanta mujer encinta, a tanto hombre incipiente y a tanto niño de pecho, a toda la sangre, en fin, de sus antepasados paternos, para inculcarles el Dios santo e invisible, lo puro, lo espiritual, es decir, para reunirlos a todo, y conformarlo, a imagen de ese Dios. En una palabra, hacer de ellos un pueblo distinto a los demás, perteneciente a Dios, destinado a la vida pura y espiritual, distinguido de entre todos los demás por la reverencia, el respeto y el temor a Dios y siendo que en verdad el Invisible era el Dios de todo el mundo, ese mismo temor hacia

---

la pureza, y los dictados divinos serían en el futuro el lazo de unión de la humanidad entera. Sin embargo, antes que todos los otros pueblos, sería el primero en conocerlo y tal habría de ser el privilegio que se le acordaba entre, todos los demás pueblos paganos.

Ese era el propósito de Moisés para con la sangre de sus antepasados paternos. Al igual que, el designio de un escultor, quería modelar a su pueblo, coincidiendo así con la orden recibida de Dios, por quien había sido elegido.

Estaba convencido de que ese intervalo de formación espiritual debía preceder a cualquier empresa que el joven Josué tuviera planeando. Y para tal fin el tiempo era requisito esencial –tiempo disponible, allá en campo abierto -; por este motivo, no podía preocuparle el retraso que el número insuficiente de hombres imponía a los proyectos de Josué. Este necesitaba de tiempo, primeramente para que las tribus se multiplicaran conforme a la naturaleza y en segundo lugar para que los años le dieran esa madurez para erigirse en adalid de los hombres en armas cuando llegara el momento; Moisés, entretanto, necesitaba de tiempo para formar sus almas, tarea divina que no cabía en ansias por comenzar. De este modo, aunque bajo distintos puntos de vista, ambos estaban de acuerdo.

## VI

Entretanto, quien debía llevar a cabo la tarea, junto con sus discípulos más próximos, el elocuente Aarón, Eliseba, Miriarn, Josué, y un tal Caleb, joven vigoroso, sencillo y valiente, amigo dilecto de Josué y de su misma edad, no desperdiciaban un solo momento en propagar entre los suyos el mensaje de Jehová el Invisible, y del honroso vinculo que les ofrecía, al tiempo que fomentaban el resentimiento de las tribus contra sus patronos egipcios y les inculcaba la idea de sacudir el yugo,

---

es decir, el éxodo. Cada uno de ellos lo hacía de la manera más conforme a sus aptitudes: Moisés con palabras entrecortadas y apretando los puños; Aarón con su untuosa elocuencia, Eliseba con su charla convincente, Josué y Caleb con tono autoritario y militante, y Miriam, que pronto habría de ser la “Profetisa” en el tono más conceptuoso, mediante el empleo de sus timbales. Tanta prédica no cayó en el vacío. La idea de consagrarse al Dios de Moisés, de dedicarse al Invisible y hacerse libres bajo la protección de ese Dios y su profeta, comenzó a echar raíces entre las tribus y a convertirse en su verdadero ideal, tanto más cuando Moisés prometía, o al menos expresaba confianza, en conseguir ante las más altas autoridades egipcias autorización para efectuar el éxodo de Egipto no como una rebelión abierta sino más bien luego de un acuerdo amistoso.

Aunque, vagamente, sabían de su origen medio egipcio y de su hallazgo entre los juncos, al par de que había disfrutado en su primera juventud de una educación esmerada e intuían en consecuencia sus posibles relaciones con la corte egipcia. Su sangre impura, el hecho de que corriera por su venas sangre egipcia, había sido y es una fuente de desconfianza y alejamiento, mientras que en eso precisamente, estribaba actualmente la aureola de autoridad de que se veía circundado.

Si algún hombre había que, pudiera entrevistarse con el faraón, ese hombre era él. Así fue como confiaron a Moisés la misión de presentarse ante Ramsés el constructor, designando también a Aarón para que lo acompañara. Ese había sido el propósito de Moisés, en primer lugar porque se expresaba mejor que él y, además, porque conocía ciertas triquiñuelas con las que esperaba causar sensación en la Corte y atribuirles al favor que les dispensaba el Dios de que iban a hablarles. Aarón sabía, por ejemplo, apretar el cuello de una serpiente cobra hasta verla rígida como una vara, para arrojarla luego al suelo, donde volvía a enrollarse y transformarse nuevamente en serpiente. Ni Moisés ni Aarón contaban con que los magos del faraón conocieran también aquella prueba y que ésta no sirviera como prueba fehaciente y asombrosa del poder omnipotente de Jehová.



---

No tuvieron fortuna alguna de modo que al cabo de una reunión que tuvo el carácter de concilio de guerra, de la que participaron también Josué y Caleb, llegóse a la conclusión de que debía pedirse al faraón la autorización para que los hebreos efectuaran en masa un viaje de tres días de duración, al cabo de los cuales habrían de rendir culto al Señor, su Dios, conforme al mandato recibido, para regresar luego a sus tareas habituales. Tratábase de una forma tibiamente disfrazada de solicitar permiso para la partida, cortés y suave, mas era demasiado ingenuo confiar el que se podría engañar al faraón en lo del regreso. Y a la verdad, el faraón estuvo lejos de mostrarse bien dispuesto para con semejante petitorio.

Pero al menos consiguieron los hermanos entrar en la Casa Grande y llegar ante el trono del faraón y no una sino repetidas veces, en el transcurso de las largas negociaciones. En este sentido, Moisés, no había exagerado sus promesas, dando por descontado su parentesco con Ramsés, su abuelo por secreta lascivia; cada uno sabía que el otro sabía, y Moisés tenía de esta forma a su disposición un medio de presionar al faraón. Nunca tuvo esto la fuerza suficiente como para lograr el consentimiento del rey acerca del éxodo propuesto, pero al menos procuró una seria atención al problema de parte suya, facilitándole una y otra vez el acceso ante el poderoso, merced al temor que Moisés le inspiraba. Empero, el temor de un rey es siempre peligroso, y Moisés jugó durante todo ese tiempo un juego harto riesgoso. Pero tenía coraje... y en qué medida, y de qué forma había de demostrarlo a su gente, pronto habrá de verse. Ramsés pudo quitar del medio a Moisés con toda facilidad, y hacer desaparecer así todo rastro del desliz filial, mas la princesa guardaba todavía un dulce recuerdo de aquel instante de placer y se oponía a que le hicieran daño alguno al hijo de los juncos. Continuaba protegiéndolo, bien que le hubiera respondido con ingratitud a su anhelo de darle una educación y una posición más elevadas.

De modo que Aarón y Moisés fueron admitidos ante el faraón, quien negóse rotundamente a consentir en esa excursión al desierto para

---

honrar y hacer sacrificios al Dios de los hebreos. En vano Aarón convirtió su palo en serpiente, puesto que los magos del faraón lo imitaron en el acto a la perfección, demostrando así que el Invisible a quien ambos invocaban no disponía de poder sobrenatural alguno y que el faraón no tenía necesidad de rechazar lo que esos hombres habían ido a decirle en su nombre.

- La peste y la espada diezmarán a nuestra gente si no salimos por tres días al desierto para hacer sacrificios a nuestro Dios y Señor, - clamaban los hermanos, a lo que el rey respondió:

- No nos conmueve. Ya sois bastante numerosos (más de doce mil cabezas) y no vendría mal una reducción, sea por la espada, la peste o el trabajo forzado. Tú, Moisés, y tú Aarón, estáis instando a la gente a no trabajar, a faltar a sus obligaciones. No puedo ni debo aceptarlo. Tengo vanos templos en construcción y es más, proyecto la erección de una tercera factoría semejante a la de Pitom y Ramsés. Para todo esto necesito los brazos de vuestra gente. Agradezco a ustedes la presente entrevista y a ti, Moisés, te despido con favores especiales, a pesar lino. Pero no se hable más de celebraciones en el desierto.

Allí terminó la audiencia, y no sólo no había resultado de ella nada provechoso, si no que sus consecuencias posteriores fueron francamente malas. El faraón, viendo en peligro sus ambiciosas construcciones e impedido de hacer degollar a Moisés por temor a la reacción de su hija, ordenó recargar los trabajos impuestos a los habitantes de Gesén y no economizar para ello el empleo del látigo cada vez que se los sorprendiera en algún descuido. Debían trabajar más duro que hasta entonces para quitarse esa idea de sus cerebros, de modo que todo pensamiento acerca de la celebración en el desierto fuera arrancado de cuajo. Y así se hizo. El trabajo se les tornó cada día más pesado a partir de la entrevista de Moisés y Aarón con el faraón. Por ejemplo, dejó de proporcionarse al pueblo la paja para los ladrillos que debían cocer; ellos mismos debieron desde entonces recolectar la paja necesaria entre los rastros, sin que por ello se les disminuyera la cantidad de ladrillos a entregar, la que debía cumplirse estrictamente

---

para no exponerse a los castigos de que se les hacía objeto. En vano gente representativa del pueblo acudía ante las autoridades egipcias para reclamar contra esa injusticia. La respuesta era siempre la Misma: "Sois holgazanes, holgazanes, y por eso venís a decirnos: “Queremos irnos para celebrar nuestros sacrificios... Mantenemos lo dicho: procuraos vosotros mismos la paja y entregad la cantidad de ladrillos convenida.”

## VII

Para Moisés y Aarón la situación no dejaba de ser embarazosa. Los hombres más conspicuos los acogían con estas palabras: “Allí tienen lo que hemos conseguido aliándonos con vuestro Dios y con las relaciones de Moisés. Sólo habéis conseguido que nuestro nombre apeste al faraón y sus ciervos y habéis puesto en sus manos la espada que acabará con nosotros”.

No era fácil responder a esto, Moisés vivió penosos momentos a solas con el Dios de la zarza a quien hizo presente que él, Moisés se había resistido desde un principio a tomar a su cargo esa misión porque no se consideraba capaz, ni siquiera de hablar con propiedad. Pero el Señor había respondido que Aarón sí era elocuente. De este modo, Aarón había hablado por Moisés con esa adulación un tanto servil que le era propia, demostrando con ello lo erróneo de que tamaña tarea fuera acometida por un hombre que, incapaz de hablar por si mismo, debía hablar a otro en su lugar. Pero el Señor lo consoló y recriminó a un tiempo, respondiéndole que debía avergonzarse de ser pusilánime; es mas, expresóle que esas excusas eran fruto del más acendrado disimulo, puesto que en el fondo, estaba él tan ansioso de cumplir con esa misión como El mismo, puesto que era tanto su cariño para con el pueblo de Israel y su propósito de modelarlo a imagen de Dios, como el del

---

propio Jehová. Más aún que su voluntad en nada se diferenciaba de la del Dios, pues era una misma y única, que era el deseo divino el que lo impulsaba a la acción, y que, precisamente, por esa razón debía avergonzarse por desmayar ante el primer contratiempo.

Todo esto aceptó Moisés, tanto más cuando un consejo de guerra celebrado entre Josué, Caleb, Aarón y las entusiastas mujeres, resolvió que, bien mirada la redoblada opresión egipcia, por mucha mala sangre que provocara, como éxito inicial no resultaba tan despreciable desde que no sólo fomentaba el rechazo de Moisés, sino muy especialmente la rebelión contra los egipcios, aguzando la receptibilidad del pueblo para el llamamiento del Dios Salvador, y la idea del éxodo hacia la libertad.

Así fue. Acreció el despecho de los oprimidos, al punto de que el reproche de que Moisés sólo los habla perjudicado, haciendo odioso su nombre ante el faraón, resultaba más débil que el deseo de que el hijo de Amram se valiera nuevamente de sus relaciones, volviendo a presentarse otra vez ante el faraón.

Cumplió Moisés con este deseo, yendo solo esta vez, no obstante su vacilante discurso; sacudió los puños ante el trono, exigiendo con palabras entrecortadas y atropelladas, autorización para realizar el éxodo de los suyos al desierto con el fin de efectuar allí sacrificios al Dios Invisible.

Y no una vez, sino diez veces, acudió ante el faraón, quien en atención a los hechos, no podía negarle la entrada. Una lucha dura y enconada siguió entonces entre Moisés y el rey que si bien nunca llevó a éste a dar su consentimiento, terminó, sin embargo en que un buen día se expulsó a la gente de Gesén del país regocijándose en el fondo de verse libre de ellos. Mucho se ha dicho y escrito acerca de esta contienda y de, la presión que se ejerciera sobre el obstinado rey, y no dejan de ser hechos plausibles, bien que se advierte que todo ha sido embellecido y exorado considerablemente. Se habla de las diez plagas que Dios envió una tras otra sobre Egipto para ablandar el corazón del faraón, al tiempo que deliberadamente lo hacia más obstinado, a fin de poder demostrarle si con plagas mayores. Transformación de agua en sangre,

---

ranas, moscas y mosquitos, fieras, tiña, epidemias, granizo, langostas, tinieblas y muerte del primogénito. Así se llamaron estas diez plagas y no hay nada de imposible en ninguna de ellas; pero debe preguntarse en rigor de verdad si cabe atribuir a ellas el resultado final, excepción hecha de la última cuyo origen es impenetrable y que nunca ha sido develado exactamente. El Nilo, bajo ciertas condiciones, tome un color rojo tomándose las aguas hediondas y determinando la muerte de los peces. Puede suceder también que las ranas de los pantanos se reproduzcan exageradamente o que los piojos y las moscas se multipliquen en forma desorbitada hasta asumir proporciones de plaga. Había todavía muchos leones en el linde del desierto y la jungla, próximos a los brazos muertos del no, y de cundir el ataque de hombres y bestias, bien podría llamarse a eso una plaga. ¡Y qué frecuentes son en Egipto la sarna y la tiña, y con cuánta facilidad se propagan las enfermedades de la piel entre la población debido a la carencia de higiene! En esa región el cielo ostenta siempre un intenso azul, de modo que una tempestad violenta debía causar una profunda impresión en el pueblo, y mucho más si esta se veía acompañada de relámpagos y granizo que azotara los sembrados y destrozara los árboles, sin que mediara designio sobrenatural alguno. En cuanto a la langosta es huésped hartamente conocido en la zona y contra tan voraces visitantes los hombres han ido hallando varias medidas de defensa que entonces no se conocían y que con toda seguridad determinaba que vastas extensiones de cultivos fueran devorados literalmente, dejando los campos yermos. Y finalmente, quienquiera haya presenciado la atmósfera siniestra y sombría que acompaña siempre al eclipse de sol, comprenderá fácilmente que para un pueblo habituado a un sol radiante, esa oscuridad bien podía antojársele una plaga divina.

Y con esto queda concluida la interpretación de las plagas, ya que la décima, la muerte del primogénito, no pertenece a la misma categoría por ser un incidente estrechamente relacionado con el éxodo entre sí, desconcertante sin lugar a dudas, y que quizá sea mejor no entrar a examinar. En cuanto a las demás, cualquiera de ellas pudo tener lugar

---

separadamente, o bien, en un lapso más o menos prolongado pudieron suceder “todas juntas”. Debe uno juzgarlas en cierto, modo como manera de expresarse de Moisés ante Ramsés, aunque a buen seguro la única forma de presionar a Ramsés era la de develar el secreto de que él era su abuelo carnal. Más de una vez estuvo el faraón a punto de ceder esta presión, o al menos hizo grandes concesiones. Consintió, por ejemplo, en que marchasen los hombres a la celebración del sacrificio, dejando en sus hogares a las mujeres y los niños, al par qué el ganado. Moisés no podía aceptarlo y explico que, jóvenes y viejos, hijos e hijas, ovinos y vacunos, debía participar de la celebración y los sacrificios al Señor; accedió entonces el faraón a que los acompañara las mujeres y los niños, mas puso como condición que permaneciera el ganado, a modo de rehén. Moisés adujo a esto que no les era posible, pues necesitaban al ganado para efectuar los sacrificios, y puso aquí claramente de manifiesto la intención verdadera que escondía su pedido, es decir, la de abandonar el país definitivamente y no por unos días solamente, como afirmaba.

Este asunto del ganado acabó en una escena tormentosa entre la majestad egipcia y el siervo de Jehová. Moisés había desplegado una enorme paciencia a lo largo de toda la entrevista, aunque la furia reprimida le hacia temblar los puños. Fue el faraón el primero en reaccionar con violencia y literalmente lo echó de la sala de audiencia, diciéndole: “¡Fuera! ¡Y cuídate de volver a presentarte jamás ante mí! ¡Si lo haces, morirás!”

Moisés, que hacía un instante hallábase preso de viva agitación, sintiéndose repentinamente sereno, respondióle: “¡Tu lo has dicho. Me voy y no volveré a presentarme ante ti!”.

Y mientras abandonaba el palacio, por debajo de esa calma espantable bullían pensamientos que nada tenían de placenteros, ni siquiera para el mismo Moisés. Pero que en cambio eran muy de agrado de los jóvenes Josué y Caleb.

---

## VIII

Es éste un capítulo oscuro, que sólo puede expresarse veladamente y con medias palabras. Llegó un día, o mejor será decir una noche, una víspera dolorosa en la que Jehová, o su ángel vengador, hizo caer sobre los egipcios, o parte de ellos, la décima plaga. Correspondió ésta a los egipcios que vivían en Gesén como también en Pitoni y Ramsés, exceptuándose aquellos cuyas casas habían sido marcadas con sangre en sus frentes.

¿Qué estaba haciendo El? Provocando la muerte de los primogénitos egipcios, con lo cual complacía muchos deseos secretos pues los derechos, de éstos pasaban a los segundones, derechos que de otro modo les hubieran sido vedados.

Debe hacerse una distinción entre Jehová y su ángel vengador. No fue el propio Jehová quien ejecutó la tarea, sino su ángel vengador o más probablemente una verdadera legión de ellos, cuidadosamente seleccionada. Pero si alguien se inclinara a unificar esa multiplicidad en un solo ente, podrá muy bien figurarse el ángel vengador de Jehová como a un esbelto de cresta cabellera, nuez de Adán prominente, frente despejada, en una manera un tipo de ángel que en todo momento acoge con alegría la perspectiva de poner fin a negociaciones infructuosas para entrar finalmente, en acción.

Mientras se prolongaban indefinidamente las conversaciones entre Moisés y el faraón no se habían descuidado los preparativos para el momento de entrar en acción. En lo que a Moisés se refiere, había ya procedido a enviar secretamente a su mujer; y a sus hijos de regreso a Madián, junto a su cuñado Jetro, a fin de no verse impedido en la acción por las preocupaciones sobre su familia que pudieran surgir. Mas Josué, cuya relación con Moisés asemejábase inequívocamente a la del ángel vengador de Jehová, había tomado otras medidas por cuenta

---

propia: y dado que no poseía los medios, MÍ tampoco la autoridad suficiente, para poner en pie de guerra a sus tres mil camaradas, procedió a armar a unos pocos, los más selectos, adiestrándolos y disciplinándolos, de manera que llegado el caso pudieran entrar en acción.

Los sucesos de aquella época tan remota permanecen ocultos en las tinieblas del pasado -en las mismas tinieblas de aquella noche que a los ojos egipcios habría de celebrarse una fiesta entre los esclavos hebreos que cohabitaban con ellos. Estos esclavos al parecer, en vista de que se les prohibía irse al desierto para hacer sus sacrificios a su Dios, habían decidido efectuarlos en el mismo lugar en que vivían, adorándolo con antorchas y ritos determinados. A tal fin habían solicitado para la ocasión de entre los vecinos egipcios, vasos de oro y plata. Mas entretanto, o probablemente en lugar de esa fiesta, tuvo lugar aquella ronda del ángel vengador que llevara la muerte a todos los primogénitos de todas las casas que una rama de hisopo tinta en sangre no había señalado previamente. Esta visita del ángel vengador trajo tal confusión, aparejada al trastorno tan repentino de las situaciones legales establecidas, que de una hora para otra no sólo se les abrieron las fronteras, sino que alcanzaban a trasponerla con la prisa que hubiera sido del agrado egipcio. A fe que parece evidente que los segundones egipcios se mostraron menos celosos en vengar la muerte de aquellos cuyo lugar pasaron a ocupar, que en apurar la huida de los causantes de tal promoción. Existe la versión de que finalmente la décima plaga quebrantó el orgullo del faraón de modo que otorgó la libertad a la tribu paterna de Moisés. No obstante, envió rápidamente en su seguimiento a una división de, tropas, que fueron milagrosamente aniquiladas.

Sea como fuere, el éxodo asumió el carácter de expulsión y la prisa con que debió llevarse a cabo puede demostrarse por el detalle conocido de que nadie tuvo tiempo de amasar el pan para el viaje. Sólo pudieron proveerse de galletas sin levadura, y Moisés hizo de esta circunstancia un motivo de conmemoración y festividad para siempre. Por lo demás, todos, grandes y pequeños, estaban ya listos para la



---

partida. Mientras el ángel efectuaba su ronda de muerte, ellos ya estaban calzados, con el cayado en mano, sentados Junto a los carromatos cargados. Leváronse consigo los vasos de oro y plata que pidieron prestados a los nativos.

Amigos míos, a la salida de Egipto se mató y se robó sin medida. Pero Moisés había llegado a la firme decisión de que sería ésta la última vez. ¿Cómo habría de desembarazarse un hombre del pecado sino empezaba por pecar consistente y plenamente? ¿Tenía ahora Moisés a su disposición a todo ese pueblo en pleno desierto; a ese objetivo carnal de su desvelo pedagógico, a esa humanidad informe, a los que llevaban la sangre de su padre. Por fin libres, era tiempo de comenzar la tarea de la santificación.

## IX

La masa de peregrinos, mucho menos de lo que la leyenda cuenta, resultaba, no obstante, hartamente difícil de manejar, dirigir y abastecer, constituyendo una carga pesada para quien llevaba la responsabilidad de su destino. Tomaron la única senda que podían emprender si deseaban evitar las fortificaciones egipcias que empezaban al norte de los lagos Amargos, que conducía por entre la región de los lagos salados, en la que desemboca el brazo mayor y más occidental del Mar Rojo, transformando en península la región del Sinaí. Moisés conocía esta zona por haberla atravesado durante su huida a Madián y a su retorno. Conocía el lugar mejor todavía que Josué y la naturaleza de esas tierras pantanosas que en ocasiones constituyen un nexo entre los lagos Amargos y el mar, y que mediando ciertas condiciones pueden atravesarse a pie y ganar de este modo la tierra de Sinaí. Esas condiciones son, expresamente, el caso de que un fuerte viento Este haga retirar las aguas permitiendo así el paso libre. En este estado,

---

precisamente, hallaron los fugitivos esa zona, gracias al favor que Jehová les dispensaba.

Fueron Josué y Caleb los que difundieron entre la multitud la nueva de que Moisés, invocando a Dios, había tendido su báculo sobre las aguas, consiguiendo así que éstas retrocedieran y dejaran expedito el camino a los fugitivos. Y probablemente haya tendido su báculo en solemne ademán, en nombre de Jehová, invocando su protección, coincidiendo su gesto con el momento en que se levantó un fuerte viento. Como quiera que fuese, necesitaba el pueblo fortalecer su fe, en el jefe, tanto más por el hecho de que muy pronto vería esa fe seriamente comprometida en gravísima prueba. Porque fue en ese sitio donde las huestes del faraón, que los perseguían con sus armamentos y carromatos de guerra en forma de hoz, tan bien conocida por los hebreos, estuvieron a punto de darles alcance, poniendo un final sangriento al peregrinaje hacia Dios.

La noticia de esa proximidad, transmitida por la retaguardia de Josué, llenó a todos de espanto. De pronto, no hubo uno que no lamentara haber seguido a “ese Moisés”, y un coro de murmuraciones e imprecaciones se alzó contra él, cosa que, para tremenda aflicción de Moisés, habría de repetirse en cada ocasión que surgieran dificultades. Imprecaban las mujeres, maldecían los hombres sacudiendo sus puños, de manera parecida a la de Moisés cuando se sentía ultrajado. “¿Es que no había tumbas en Egipto donde pudieran enterrarnos en paz cuando llegara nuestra hora, de habernos quedado en nuestro hogar?” clamaban, sin detenerse a pensar que lo que ahora llamaban “hogar” había sido hasta entonces un suelo extraño donde fueran esclavos. “Hubiera sido mejor para todos seguir sirviendo a los egipcios que perecer bajo la espada en pleno desierto”.

Mil veces debieron oír Moisés estas lamentaciones, que habían de amargarle los momentos más dichosos. Fue siempre desde entonces “el hombre que nos condujo fuera de Egipto”, frase llena de elogio mientras las cosas fueran bien, pero que en cuanto se presentaban complicaciones cambiaba de tono y esas mismas palabras pasaban a ser

---

un gruñido de reproche, al que iba aparejado el deseo nada remoto de apedrearlo.

Y bien, luego, de un breve lapso de alarma, las cosas siguieron tan increíblemente bien que el pueblo se sintió avergonzado. Volvió entonces Moisés, mediante el favor divino, a encumbrarse ante sus ojos y a ser el “hombre que nos condujo fuera de Egipto”; pero en el sentido favorable.

Siguieron las tribus su marcha a través de los pantanos secos, seguidos de cerca por las huestes egipcias, cuando he aquí que el viento se detiene y las aguas refluyen impensadamente, provocando la desaparición de carros, hombres y caballería bajo la incontenible creciente.

El triunfo fue apoteósico. Minam la profetisa, hermana de Aarón, entonó cánticos y condujo el coro de mujeres al son de los timbales: “Cantad al Señor porque ha triunfado gloriosamente, arrojando al mar hombres y caballos”. Lo había compuesto ella misma, y es preciso imaginarlo con acompañamiento de timbales.

El pueblo quedó profundamente emocionado, y no cesaban de fluir de sus labios, palabras como poderoso, santo, pavoroso, maravilloso, milagroso. No quedaba en claro si tales adjetivos eran aplicados a la deidad o a Moisés, el hombre de Dios, a cuyo báculo atribuían el hecho de que las aguas hubieran anegado a las fuerzas egipcias. El peligro de esta confusión no dejó nunca de amenazarlo, pues en cuanto la gente no hallaba motivo para quejarse de Moisés, se le hacía más difícil evitar que lo tomaran a él mismo por Dios; por el Dios que él les predicaba.

---

## X

No era esto tan absurdo en el fondo, pues lo que a partir de entonces habla de exigirles Moisés a su gente, sobrepasaba los límites, del mortal común, y a la verdad, difícilmente podía habersele ocurrido al cerebro de un simple mortal. Los dejaba boquiabiertos, alhelados. No bien diera término Miriam a su danza, Moisés prohibió toda otra manifestación de júbilo por la destrucción de las fuerzas egipcias. Anunció para ello que las huestes angelicales de Jehová habían estado a punto de unirse al cántico triunfal, cuando el Dios les habla indicado: “¡Cómo!, ¿mis criaturas perecen en el mar y vosotros os regocijáis?”. Moisés hizo circular esta historia breve y sorprendente, que llevaba el siguiente corolario: “No celebrarás la caída de tu enemigo; el corazón no se alegrará por su desventura”.

Era la primera vez que esa masa de gente, doce mil personas aproximadamente, incluyendo a tres mil hombres armados, oía que se dirigían a ella en forma de "tú", una forma que al par que los agrupaba a todos en uno, se dirigía a cada uno particularmente: marido y mujer, anciano e infante. Conmovió inmensamente a todos sin distinción, como si un dedo divino los hubiera tocado en el pecho. "No te regocijarás por la desventura de tu enemigo..." se les antojaba totalmente ajeno a lo lógico y natural. Pero seguramente esa falta de naturalidad debía atribuirse a la invisibilidad del Dios de Moisés, que deseaba convertirse en su único Dios. Y recién entonces, los más inteligentes de entre tantos, comenzaron a intuir el significado de aquello, y cuán difícil e irreparable resultaría el haber jurado obediencia a un Dios invisible.

Hallábanse ahora en la tierra de Sinaí, en el desierto del Sur, páramo hostil que sólo abandonarían por otro idéntico, el desierto de

---

Parán. No había razón para que estos desiertos recibieran nombres diferentes ya que no existía una demarcación exacta entre ambos, y los dos carecían de agua y de vegetación por igual, extendiéndose en áridas mesetas pedregosas. Tres días de ininterrumpida marcha, sino fueron cuatro y quizá cinco. Moisés había hecho bien en dar comienzo a la prédica de su doctrina en el momento en que más encumbrado hallábase su prestigio entre el pueblo, junto al Mar Rojo, ya que al presente había vuelto a ser el “hombre que nos condujo fuera de Egipto”, es decir, hacia la desventura. Algunas protestas llegaban hasta sus oídos Al cabo de tres días empezó a escasear notablemente el agua. Miles de ellos estaban sedientos, con el sol implacable sobre sus cabezas y bajo sus pies el yermo y la desolación, ya recibiera el nombre de Sur o Parán. “¿Qué beberemos?” gritábanle a Moisés, haciéndolo responsable de sus sufrimientos. Hubiera deseado entonces, ser él el único a quien le estuviera vedado beber, no beber en toda su existencia futura, con tal de no oír esa queja insistente: “¿Por qué nos has hecho salir de Egipto?”. Sufrir a solas es liviano dolor si se lo compara con verse obligado a pagar por el sufrimiento de semejante gentío. Moisés había sido siempre un hombre acosado por el sufrimiento, y así había de continuar... por sobre todos los seres humanos.

Y a poco, faltaron también las provisiones, pues magra había sido la cantidad de galletas que alcanzaran a preparar con tanta precipitación. “¿Qué comeremos?”, gritaban ahora, mezclando el llanto y las imprecaciones a sus lamentos. Largas y penosas horas transcurrieron para Moisés, a solas con Dios, durante las que elevaba sus quejas. “¿Es que acaso yo he engendrado a todos ellos? - le preguntaba -, como para que Tú me ordenes: “Llévalos en tus brazos”. ¿Dónde habré de obtener alimentos para todos ellos?. Lloran ante mí y me piden carne para comer No puedo conducir a tantos yo solo, es demasiado duro para mí. Prefiero antes me envíes la muerte que contemplar mi desdicha y la de todos ellos.

Jehová no lo abandonó por completo. En el curso del quinto día, mientras atravesaban una meseta, hallaron un manantial circundado de

---

vegetación, en donde saciaron su sed. Hay que decían que Josué sabía de su existencia, que en los mapas figuraba con el nombre de “Fuente Mara”. El agua tenía un sabor desagradable debido a ciertos minerales existentes en su composición, lo que provocó amarga decepción y prolongadas protestas hasta que Moisés, al que la necesidad obligaba a arbitrar ingenio, confeccionó un filtro primario que bastó, sin embargo, para liberar a las aguas del sabor desagradable. Para esta gente aquello pareció milagroso, y las quejas trocáronse nuevamente en alabanzas y en un notable robustecimiento de su prestigio. Y la frase “el hombre que nos condujo fuera de Egipto” volvió a adquirir el matiz halagador.

Y en cuanto a la alimentación, también acudió en su auxilio un milagro, que provocó al principio jubilosa exaltación. Resultó que extensas franjas del desierto de Parán se veían cubiertas de un hongo comestible, de sabor dulzón, pequeño y redondo, de apariencia semejante a las semillas de coriandro, y que de no ser ingerido en seguida tomaba un olor desagradable. No obstante, moliéndolo y cocinándolo luego en forma de pastelillos, resultaba un alimento tolerable, hallando algunos su sabor semejante al del pan de miel y otros al buñuelo.

Tal fue la opinión primera y más favorable. Pero no había de durar mucho tiempo. Al cabo de unos pocos días se sintieron hartos del maná. Y como era el único alimento de que disponían, pronto les resultó nauseabundo, y volvieron a repetir sus lamentos a los que acompañaban las reminiscencias. “¡Ah!, el pescado que nos daban en Egipto. .. y las calabazas, y los puerros, y las cebollas, y los ajos... estamos cansados y abatidos de no ver más que maná ante nuestros ojos”.

Escuchaba esto Moisés y sufría. Y una y otra vez llegaba a sus oídos la eterna pregunta: “¿Por qué nos hiciste dejar Egipto?”.

Mientras él preguntaba incesantemente a Dios: “¿Qué haré yo con esta gente? Ya no quieren maná. Ya verás, dentro de muy poco empezarán a apedreame”.

---

## XI

Mas de esa suerte hallábase más o menos defendido por el joven Josué y el cuerpo armado que formara ya en Gesén. Eran ellos los que circundaban y protegían al Libertador cada vez que el clamor se alzaba contra él. Formaban en un principio un cuerpo de número escaso, en su mayoría jóvenes, mas Josué sólo esperaba una oportunidad propicia para erigirse en comandante en jefe y poner en pie de guerra a los tres mil hombres, bajo sus órdenes. Intuía que esa ocasión había de presentársele muy pronto.

Moisés dependía en cierto modo de Josué, a quien él mismo diera el nombre del Dios. Hubo momentos en que sin él hubiérase dado por perdido. Moisés era un hombre profundamente religioso y su virilidad, potente y fornida cual la de escultor de gruesas muñecas, era esencialmente una virilidad espiritual, ensimismada, refrenada por el mismo Dios, plena de fanatismo y celo por sus convicciones, y en su obsesión por lo puro y lo sagrado tornábase ciego a cuanto lo rodeaba. Poseía una facultad de liberarse de las sujeciones, terrenales, que hacia un extraño contraste con su pose habitual de meditación, en la que llevaba la mano diestra a la boca. Su pensamiento se concentraba en torno a una sola idea: la de agrupar al pueblo de su padre en torno a sí, de forma que pudiera moldearlo a su deseo y hacer a esa masa informe que tanto amagaba a imagen del Dios Unico e Invisible. Poco o nada habíase detenido a pensar en los riesgos de la libertad ni en las penurias del desierto ni en las dificultades de conducir a semejante turba a un sitio seguro. Ni siquiera habla pensado dónde habría de establecerse, ni en prepararse para asumir el papel de dirigirla. Se comprende entonces que no pudiera dejar de sentirse agradecido al tener a Josué a su lado, por su parte, el joven admiraba el fervor religioso de Moisés y habla puesto a su entera disposición su combatividad recta y juvenil.

---

Merced a Josué avanzaban a través del desierto siguiendo un plan definido, y no en círculos interminables que habrían de conducirlos a una muerte segura. Josué guiaba el sendero con la ayuda de los astros, calculaba las marchas diarias, y tomaba buen cuidado de que a intervalos apenas tolerables llegaran a un manantial por poco agradable, que, fuese el agua que allí encontrasen. Fue también Josué el que dio la idea de que el maná podía ser comestible. En una palabra, constituía Josué el puntal de la reputación del Maestro, y cada vez que la frase “el hombre que nos condujo fuera de Egipto”, asumía un tono amenazante, él tomaba las providencias del caso para que se tornara favorable. Temía una clara concepción del fin que se perseguía y se encaminaba a él sin rodeos, directamente de acuerdo con Moisés. Ambos comprendían la necesidad de llegar a un destino fijo, que aunque no fuera permanente, les ofreciera, al menos, un lugar donde pudieran habitar y dejar pasar el tiempo, un buen lapso de tiempo. Josué lo deseaba para que la población aumentara y le permitiera la formación de un cuerpo de ejército mayor y más nutrido, mientras que Moisés, por su parte, deseaba moldear arcilla impura a imagen de Dios, para hacerla más respetable, más pura, más santa, y dedicar el trabajo de sus manos al Dios invisible, en cuyo servicio volcaba toda la fuerza de su espíritu y de sus manos.

Este sitio había de ser el oasis de Kadesh. Hemos visto que el desierto de Parán lindaba con el desierto del Sur, pero este último se prolongaba en otro desierto, el de Sinaí, aunque no del todo adyacente con el anterior sino que separado por el oasis de Kadesh, llanura que cautivaba al comparársela con el desierto circundante, verde solaz en medio del yermo en torno, con tres manantiales caudalosos y buen número de otros más pequeños, de una de largo y media de ancho, de suelo fértil, cubierto de verde césped. En una palabra, tratábase de una franja de terreno que ofrecía suelo generoso y alimento, lo suficientemente extensa como para alojar a todo el pueblo.

Josué conocía este sitio y sabía de sus atractivos, lo llevaba bien señalado en el mapa grabado en su mente. También Moisés lo conocía,



---

pero fue de Josué la idea de elegirlo para sus designios. Una perla como Kadesh, desde luego, no podía yacer allí, sin dueño. Estaba en buenas manos, aunque Josué confiaba que no fueran lo bastante fuertes, mas como, quiera que fuese, si deseaban permanecer allí debían luchar por su posesión, que hasta el momento correspondía a Amalek.

Una tribu amalecita habitaba en Kadesh y a buen seguro habría de defenderlo. Josué explicó a Moisés que la guerra sería inevitable, una batalla entre Jehová y Amalek, aun cuando resultara en un antagonismo que perduraría por todas las generaciones. Era forzoso que se adueñaran del oasis; se trataba del sitio ideal para sus necesidades de evolución física y espiritual.

Titubeó Moisés, ya que una de las implicaciones de la invisibilidad divina era precisamente la de que un hombre no debía codiciar la casa del prójimo, y no dejó de hacérselo presente a Josué. A lo que éste respondió prestamente que, Kadesh no era precisamente la casa de Amalek, y recurrir para ello a sus conocimientos históricos, explicando a Moisés que anteriormente, aunque no pudiera precisar cuándo, Kadesh había sido habitado por hebreos, es decir, sangre de su mismo pueblo, que luego se habían visto arrojados de allí por los amalecitas. Kadesh, en consecuencia, había sido robado, y era justo que se recobrar lo robado.

Moisés lo puso en duda, pero por otra parte contaba con no pocas razones para creer que Kadesh era dominio de Jehová y que por tanto pertenecía a aquellos que habían pactado la alianza con dicho Dios. Kadesh significaba "santuario" y no había recibido ese nombre solamente por el hecho de contar con tantas ventajas naturales. En cierto modo era el santuario del Jehová indiano en el que Moisés identificara al Dios de sus antepasados. No muy lejos de allí, hacia el este, camino a Edom, se alzaba junto a otras montañas el Monte Horeb, que Moisés visitara a su salida de Madián y en cuya ladera Dios se le había revelado en la zarza ardiendo. La montaña de Horeb era la residencia de Jehová, una de ellas al menos, mas su residencia inicial, según sabía Moisés, era el monte Si al, en el extremo sur. Mas entre

---

Horeb y Sinaí, sitio aquel en que se le presentara a Moisés, existía una estrecha relación, precisamente por tener Jehová su asiento en ambos, al punto de que bien se les podía denominar Horeb Sinaí. Y Kadesh, por su parte, fue llamado con ese nombre, santuario, porque abreviando un tanto las distancias, yacía a los pies del monte sagrado.

Aceptó finalmente Moisés el plan de Josué, dándole orden de que aprontara el encuentro entre Jehová y Amalek.

---

## XII

Se libró la batalla, y éste es un hecho histórico. Fue un combate difícil, con violentas alternativas, pero Israel salió por fin victoriosa. Este nombre, Israel, que significa “Dios combate”, le fue conferido por Moisés a su pueblo con el fin de prepararlos mejor para la lucha. Explicóles en esa ocasión que se trataba de un sobrenombre muy antiguo caído en el olvido: Jacobo, el patriarca, habíalo adoptado para las luchas que libraba para sí, aplicándolo también a su pueblo. Tuvo esto sorprendente efecto, pues desde, entonces todas las tribus desunidas en su mayoría bajo el nombre de Israel se agruparon como bajo un escudo, y lucharon denodadamente a las órdenes del joven general Josué, y Caleb, su segundo jefe.

Al divisar los amalecitas la proximidad de la comitiva encabezada por Moisés no dudaron ni por un instante de su significado. Esa visión sólo tiene un significado. No permanecieron en el oasis sino que, se, replegaron hacia el desierto. Constituían un pueblo más numeroso y mejor pertrechado que el de Israel, y la batalla tuvo lugar entre nubes de polvo, alaridos guerreros y gran tumulto. La lucha se hacía más despareja por el hecho que la gente de Josué estaba sedienta aparte de que durante muchos días había ingerido como único alimento el maná. Teman en cambio una ayuda inapreciable en quiénes dirigían las acciones, Josué, el joven de mirada despejada e inteligente, y Moisés, el hombre de Dios.

Moisés, al comenzar la lucha, habíase retirado junto con Aarón, su medio hermano, y Miriam la profetisa, hacia una colina desde la cual podían divisar el campo de acción. Su virilidad no era del tipo marcial, sino más bien sacerdotal, de modo que en esos instantes entregóse de lleno a invocar a Dios, con los brazos en alto y palabras encendidas de

---

fervor, como por ejemplo: "¡Levántate Jehová, el de las miríadas de miles de Israel, para que se dispersen tus enemigos, para que quiénes te odian huyan de tu faz!".

No por eso huyeron, ni siquiera se dispersaron, o al menos por el momento lo hicieron muy parcialmente. Porque si bien Israel estaba sediento y harto de tanto maná, no podían abatir a un número tan superior de amalecitas, quiénes luego de replegarse un tanto, retomaron el ataque llevándolo audaz y peligrosamente hasta las proximidades de la colina que servía de atalaya a Moisés. Mas resultó que mientras Moisés mantenía los brazos en alto hacia el cielo, Israel Nevaba la mejor parte de la lucha, pero en cuanto la dejaba caer arreciaba el ataque de los amalecitas. Y como, lógicamente no podía Moisés mantenerlos alzados todo el tiempo, Aarón y Miriam, tomándolo desde las axilas lo ayudaron a mantenerlos en alto. Lo que significa este esfuerzo puede calcularse por el hecho de que la batalla duró desde la mañana hasta el anochecer, y que durante todo este tiempo Moisés mantuvo esa dolorosa postura sin interrupción. Se comprende entonces la fortaleza de esa virilidad espiritual que le era propia a Moisés, y que debió desplegar sobre la colina, mucho más difícil a buen seguro que la del joven decidido que se abre paso entre el enemigo.

Y aún así, era imposible tenerlos alzados a lo largo de tantas horas. Sus discípulos, de tanto en tanto, dejaban caer los brazos del maestro, y simultáneamente los hombres de Jehová perdían terreno y sufrían cuantiosas pérdidas. Apresurábanse entonces a alzarle los brazos, y los que luchaban en la planicie recobraban energías a su vista. El talento militar de Josué contribuyó también a resolver favorablemente la batalla. Tenía éste el don de la estrategia y el de la inspiración inteligente, y recurría a maniobras desconocidas hasta entonces, al menos en el desierto; por otra parte, sabía avizorar el resultado de sus planes, aún cuando los resultados iniciales determinaran una virtual pérdida de terreno. Reunió las mejores fuerzas con que contaba, un grupo selecto -la guardia del ángel vengador para decirlo en pocas palabras - hacia el ala derecha del enemigo,

---

presionando allí intensamente y provocando un repliegue que determinó una victoria local, aunque en el resto del frente las fuerzas de Amalek ganaran abundante terreno sobre las de Israel. No obstante, al romper parte del frente enemigo, en el flanco derecho, llevó Josué la carga hasta la misma retaguardia, forzando a Amalek a distraer sus fuerzas en combatirlo, mientras que mantenía abierto el fuego sobre el resto de las fuerzas de Israel, que si un momento antes habíanse sentido al borde de la capitulación, recobró energías y volvió al ataque. El pánico hizo presa de Amalek, quien abandonando la lucha exclamó: “¡Traición! ¡Todo está perdido! Jehová esta sobre nosotros, un Dios de crueldad: insaciable!”.

Y con este grito de desesperación, Amalek dejó caer su espada y cayó muerto.

Sólo unos pocos amalecitas lograron huir hacia el Norte y reunirse con el grueso de la tribu, Israel, en cambio, tomó posesión del oasis de Kadesh, cruzado en su interior por un río de generoso caudal en cuya ribera se alzaban árboles frutales y nogales, entre los que zumbaban las abejas y dejaban oír sus trinos los pájaros cantores, al par que codornices y fiebres surcaban libremente la pradera. Algunos descendientes de Amalek permanecieron en la región, y con ellos se vio aumentada la progenie de Israel, mientras que las mujeres amalecitas convirtiéronse en mujeres y siervas de los israelitas.

---

### XIII

Moisés, aunque le siguieran doliendo los brazos por muchos días, sintióse dichoso. De que continuó siendo un hombre acosado por las preocupaciones, mas que ningún otro sobre la tierra, pronto habremos de ver. Pero en un principio, sintióse feliz de la manera en que habían resultado las cosas. El éxodo había sido llevado a cabo; las fuerzas represivas del faraón habían perecido ahogadas bajo la marca, el viaje a través del desierto había sido realizado, y la batalla por Kadesh había sido ganada con ayuda de Jehová. En esos momentos hallábase en la cima de su prestigio ante el pueblo de Israel, que lo aclamaba como “el hombre que nos condujo fuera de Egipto”. Sólo que ese éxito necesitaba para dar comienzo a su tarea, la de la purificación y formación de esa gente, a imagen del Invisible; la tarea de modelar esa carne y esa sangre, que tanto anhelaba comenzar. Sentíase feliz por disponer ahora de ella, al aire libre, aislada, habitando en el oasis cuyo nombre significaba santuario. Ese debía ser su taller.

Mostró al pueblo la montaña que se divisa ha entre otras, hacia el sudeste del oasis de Kadesh, de nombre Horeb, al que también podía llamarse Sinaí. Cubierto por arbustos las dos terceras partes de sus laderas y desnudo en la cima, donde Jehová tenía establecida su residencia. Esta afirmación no resultaba difícil de aceptar pues el monte tenía un aspecto desusado, dada su altura y el hecho de que sobre la cima se divisaba una nube que de día tomaba un tinte grisáceo mientras que de noche parecía iluminada. Allí se dijo al pueblo, en la ladera cubierta de arbustos, en el límite con la cumbre rocosa, Jehová había hablado a Moisés desde la zarza ardiendo, ordenándole que condujera a su pueblo dilecto fuera de Egipto. Oían esto estremecidos de temor, que por el momento sustituía el recogimiento y la adoración. A la

---

verdad, todos ellos, hasta los hombres más valientes, temblaban como cobardes cada vez que Moisés señalaba la montaña coronada por la nube diciéndoles que allí estaba sentado el Dios que había de ser el Único, y que los había señalado como el pueblo de su predilección. Moisés, sacudiendo sus puños, los reprendía por ser pusilánimes y se desvivía por infundirles una actitud más propia y más familiar hacia Jehová, llegando a alzar a tal efecto un altar para El, en medio del pueblo, en el mismo oasis de Kadesh.

Para ello explicaba que Jehová era ubicuo, consecuencia ésta, como tantas otras, derivadas de Su Invisibilidad. Moraba en Sinaí en Horeb... y ahora entre ellos; ya que las tiendas amalecitas servían de morada al pueblo de Israel, Moisés no vio inconveniente en designar una de ellas, próxima a la que, destinó para sí, como morada de Jehová y que al propio tiempo había de ser sitio de reuniones y asambleas, al par que tabernáculo, donde habían de conservarse ciertos objetos sagrados usados en el culto sin imágenes en honor del Señor. En su mayor parte eran objetos que Moisés recordaba relacionados con el culto de Jehová madianita. Lo más importante era el arca con sus correspondientes varas para el transporte, donde, según Moisés - que seguramente sabía lo que decía - el Dios invisible hallábase sentado, el cual debía ser levado a los campos de cultivo y al frente de batalla para que presidiera sus acciones en un caso, y los ayudara a vencer en el otro, de regresar los amalecitas en busca de desquite. Un báculo de bronce con cabeza de serpiente, era conservado junto al arca, en memoria de la artimaña que Aarón empleara ante el faraón con tan buena intención. Tenía ahora un doble significado, pues simboliza también el báculo que Moisés alzara sobre las aguas para permitirles el paso. Asimismo, en la tienda de Jehová era conservado el "efod", una especie de bolsa para echar la suerte, el "urim y Tummim", el sí o el no, lo justo o lo injusto, y a la cual se apelaba en casos de dificultades y desacuerdos, para Invocar el juicio de Jehová allí donde el hombre fracasaba.

---

Mas en la mayoría de los casos era Moisés quien emitía los juicios. Y a decir verdad, casi la primera cosa que hizo una vez instalados en Kadesh fue alzar un tribunal para el cual destinaba determinados días, en los que resolvía disputas y hacia justicia, sentado a la vera del manantial más caudaloso del oasis, el Me-Me-ribh, o agua del Juicio, como ya se llamaba. Y la ley era administrada y fluía de sus labios el veredicto, cual el agua de las entrañas del desierto. Sin embargo, si se piensa que vivía reunida esa comunidad de doce mil quinientas almas aproximadamente, y que muchos debían ser los que acudían a él en busca de justicia, es fácil deducir las muchas tribulaciones que debió pasar Moisés. Acudían en tropel ante Moisés, junto a la fuente, tanto más cuanto la idea del “derecho” era algo en cierto modo nuevo para esta secta perdida, anonadada. A decir verdad, no puede decirse que supieran lo que esa palabra significaba... agravada la ignorancia por el hecho de tener que asociar el “derecho” con la invisibilidad del Dios y su santidad, y considerarlo como emanación directa del mismo Dios. Y lo que es más, oían que en esta nueva idea del derecho iba incluida la idea de la culpa, conclusión ésta que la mayor parte del pueblo tardó mucho en captar. Pensaban ellos al principio que debía hacerse justicia a cuantos allí acudían, es decir, darles la razón. Se resistían a creer que también se administraba justicia, se le hacía Justicia a un individuo, aún cuando se lo considerara culpable y debiera retirarse del lugar con la cabeza gacha. Este individuo, por supuesto, echaría una maldición y se lamentaría de no haber solucionado la disputa con su contrincante en la forma natural y acostumbrada, es decir, piedra en mano, con lo que los resultados pudieron haber sido bien diferentes. Muy lentamente fue penetrando en sus espíritus el principio de que semejantes ideas no guardaban armonía con la invisibilidad de Dios, y que quien era juzgado culpable por la ley no debía por eso considerarse vilipendiado, pues la ley es siempre austera y digna en su pureza invisible, otorgue o no la razón.

De este modo se comprende que Moisés no sólo debía impartir la ley, sino enseñarla, con lo que aumentaba su tarea. Había estudiado



---

leyes en Tebas, en los códigos egipcios y en el de Hammurabi, el rey del Eufrates, con lo cual se veía socorrido para pronunciar un juicio claro entre tanto caso que se le presentaba. Por ejemplo, si un buey atacaba a un hombre o a una mujer causándole la muerte, debía lapidarse al buey, sin que se comiera luego su carne, pero el dueño del buey debía ser declarado inocente, a menos de que se conociera la agresividad del animal y aquél no hubiera tomado medidas preventivas. En este caso, también el dueño del animal debía perder la vida, a menos de que pudiera rescatarla mediante el pago de treinta monedas de plata. O bien si un hombre cavaba un foso, sin cubrirlo luego debidamente, provocando la caída de alguna res, debía ser declarado culpable y resarcir al damnificado en dinero, mientras que la bestia muerta debía considerarse de su legítima propiedad. Miles de casos diferentes se le presentaban, fueran lesiones, malos tratos inferidos a los esclavos, robo, daños a los cultivos, incendios premeditados y hurto de bienes, abusos de confianza, etcétera, y en todos ellos debía pronunciarse entre lo justo y lo injusto.

Lógicamente, eran demasiados juicios para un solo juez, y el sitio desde donde impartía sus fallos se veía siempre atestado de gente. Si investigaba a fondo un caso, se atrasaba con los restantes y debía dilatar el fallo, sin poder evitar que fueran acumulándose otros nuevos casos. Sus preocupaciones superaban en mucho a las de todos los demás mortales.

#### XIV

Por todas estas razones fue una buena cosa que llegara a Kadesh su cuñado, Jetro, desde Madián, quien dióle un buen consejo que jamás se le hubiera ocurrido a Moisés, dada la obstinación concienzuda con

---

que había emprendido su tarea. A poco de llegar al oasis, Moisés había enviado recado a su padre político, en Madián, para que le mandase a su esposa Séfora y a sus dos hijos, a quiénes dejara a su cuidado durante las tribulaciones de Egipto. Mas Jetro tuvo la amabilidad de llegarse él mismo hasta Kadesh para entregarle personalmente a su mujer y a sus hijos darle un abrazo y enterarse de cómo andaban las cosas.

Era un importante jeque de mirada despierta y alegre y ademanes sueltos, un hombre de mundo, caudillo de un pueblo desarrollado y de considerable experiencia social. Muy agasajado a su llegada, se alojó en la tienda de Moisés, enterándose no sin asombro que uno de sus dioses, precisamente aquel que no tenía imagen habíase conducido en forma tan sorprendente hacia Moisés y hacia su pueblo, y de la forma como había sabido conducirlos fuera de Egipto.

- ¿Quién lo hubiera pensado? – decíale -. Evidentemente es más grande de lo que nosotros supusimos, y lo que me dices me hace temer de que hayamos sido negligentes en su culto hasta el presente. Debo proveer a que también entre nosotros se le rindan mayores honores.

Para el día siguiente se organizaron holocaustos públicos, que Moisés organizaba en muy raras ocasiones. No era partidario exagerado de efectuar sacrificios, pues opinaba que no eran esenciales para el culto del Invisible, ya que todos los demás pueblos los ofrecían a sus dioses. Es más, Jehová había dicho: “Por sobre todo, escuchad mi voz, es decir, la voz de mi siervo Moisés: sólo así yo seré vuestro Dios y vosotros mi pueblo”.

En esta ocasión, sin embargo, se efectuaron inmolaciones y holocausto, en nombre de Jehová, como también por la visita de Jetro. Al día siguiente, por la mañana temprano, llevó a su hermano político junto a la fuente donde impartía la ley a su pueblo, que se agolpó en tomo suyo desde las primeras horas de la noche.

Dime, mi querido cuñado - dijo al huésped, mientras abandonaban juntos el lugar -, dime, por cuál razón te das tanta molestia. Estarte sentado allí solo, con toda esa gente alrededor tuyo desde la mañana

---

hasta la noche... ¿Para qué lo haces? Debo hacerlo – respondió Moisés - El pueblo acude a mí para que juzgue entre ellos y sus vecinos y les muestre la justicia de Dios y sus divinas leyes.

- Pero mi querido amigo, ¿cómo puedes tener tan poco sentido práctico? - dijo Jetro nuevamente -. ¿Acaso es ése un modo de gobernar? ¿Acaso un gobernante debe matarse de esa manera, hacer todo solo? Estás tan agotado que da pena verte, apenas si puedes ver, has perdido la voz, y tu pueblo está tan cansado como tú. Ese no es modo de hacerlo. No puedes seguir haciendo todo por ti mismo, y, además no es necesario en modo alguno. ¡Escúchame y verás! Si tú representas a Dios entre esta gente y eres portador ante Dios de todas las cosas importantes que ocurren, cosas que son del interés de todos por otra parte, ya es bastante tarea. Mira en torno tuyo - dijo, acompañando sus palabras con amplio gesto - busca entre tu pueblo a hombres rectos y juiciosos, que gocen de buena reputación, y confíérelas el cargo de jueces sobre un número determinado de gente, entre mil, cien, cincuenta y diez, déjalos que impartan justicia conforme a los principios que tú les hayas enseñado. Sólo cuando se trate de un asunto muy grave deberán acudir a ti, mientras que las causas más simples deberán resolverlas ante ellos. Tú no necesitarás siquiera estar al tanto de nada. Así lo hacemos nosotros, y seguramente te facilitará las cosas. Yo no tendría este voluminoso abdomen ni hubiera podido hacerte esta visita de haber pensado que debía saber cuanto sucede entre mi gente, como tú lo haces ahora.

- Pero es que los jueces aceptarán presentes - respondió Moisés sombrío - y darán la razón a los impíos. Porque los obsequios hacen ciegos a los hombres y hacen fracasar la causa de los justos.

- Si, ya lo sé - replicó Jetro - Y bien que lo sé. Pero tendrás que soportar un poco de eso con tal de que impere una justicia relativa y haya ley y orden, aunque los obsequios y las prebendas compliquen un poco las cosas. Tú ves, aquellos que aceptan prebendas son gente ordinaria, pero después de todo, también el pueblo es ordinario, y por eso acepta y le agrada lo ordinario. Por otra parte, si un hombre

---

recibe un fallo injusto debido a que el juez de entre diez personas ha sido venal, puede seguir el trámite rutinario, y acudir al juez de entre cincuenta, de entre cien, de entre mil personas. Este último es el que recibe mayor cantidad de dádivas, y en consecuencia tiene una mente más despejada, y por lo tanto dará siempre el fallo justo; siempre que el litigante no se haya cansado primero.

Esto expuso Jetro, con ademanes llanos y voz apacible, al punto que a su sola vista sentía uno simplificarse la existencia; era evidente que se trataba del rey sacerdote de una tribu del desierto muy evolucionada. Escuchó Moisés con gran atención y asintió con la cabeza. Poseía Moisés el espíritu del solitario, que gusta de asentir pensativamente ante la sabiduría del mundo y percibe que bien puede estar en lo cierto. Siguió el consejo bien inspirado de su experimentado pariente pues a la verdad no le cabía otra solución. Señaló jueces legos que fueron a tomar asiento junto al manantial para dispensar la justicia menor, guiados por sus instrucciones. Estos hombres fallaban las causas más simples, como el caso del asno que cayera al foso, y sólo los casos capitales eran llevados ante él, el hombre de Dios. Las causas más importantes eran decididas con intervención del oráculo divino.

De este modo ya no se vio trabado más allá de lo concebible, y pudo disponer libremente de su tiempo para llevar a cabo el programa educativo que se proponía inculcar a la comunidad, para lo cual Josué, el joven estratega, le había conquistado el taller, es decir, el oasis de Kadesh. Sin dudas la justicia era un factor importante entre las implicaciones del Invisible, pero al fin de cuentas, era sólo una de ellas... ¡y cuántas cosas había!

¡Y qué tarea era aquélla, prolongada y ardua a la vez, que demandaba una enorme dosis de paciencia y un celo sin par! Harto rudo sería tornar esa horda inculta en un pueblo decente, ajustado a una forma de vida decente. Eso sería una parte de la tarea; y la más fácil porque muy otra cosa sería hacer algo extraordinario de ese pueblo, convertirlo en una comunidad aparte y santificada, purificada, con sus ojos fijos en el Invisible y a El solamente dirigidos.

---

## XV

Pronto comprendió el pueblo lo que significaba haber caído en las manos de un hombre como Moisés, un hombre de paciencia infinita y colérico a la vez, artesano sólo responsable ante Dios de sus acciones. Vieron entonces que aquella orden que les pareciera tan lógica, la de abstenerse de exclamaciones por la derrota del enemigo había sido sólo el pálido comienzo. Y a la verdad, hasta ese comienzo había sido prematuro. Se requería para ello un avanzado estado de comprensión, basado en muchas premisas que ignoraban hasta entonces por completo. Debían recorrer todavía un largo, larguísimo sendero, antes de hallar en esa novedad algo que no fuera incomprensible anomalía. En una palabra, no constituían sino un montón de carne, y sangre, de modo que las concepciones fundamentales de, pureza y santidad escapaban enteramente a su comprensión. Y es fácil comprobar esto comparando las primeras leyes que Moisés debió instilar en sus espíritus, patéticas por su simplicidad, con las posteriores. Se comprende entonces que chocaran con el desagrado del pueblo; el material con que él realiza su obra es siempre su enemigo, y las primeras formas que obtiene resultan irreales y desagradables a la vista.

Moisés vivía continuamente entre ellos, tan pronto aquí, tan pronto allá, ya en este campamento, pronto aquí, ya en aquel otro; corpulento, con su nariz chata y sus ojos penetrantes, sacudía los puños, desde sus anchas muñecas, reprochando y reprendiendo, criticando y depurando, siempre aludiendo a la invisibilidad de Dios, de ese mismo Dios que los condujera fuera de Egipto para convertirlos en su pueblo dilecto, para hacer lo tan santo y tan puro como el mismo Dios. Por el momento no era otra cosa que un gentío desaseado, que

---

efectuaba sus necesidades dondequiera se diera el caso que estuviera. Eso era vergonzoso, al par que nocivo.

“Tendrás un sitio adonde te dirigirás para hacer tus necesidades, fuera del campamento. Tendrás tu palita con que cavarás un hoyo antes de sentarte, y que luego taparás, porque el Señor, tu Dios anda por tu campamento y por lo tanto debes conservarlo santo, es decir, limpio, para que El no se aparte de ti tapándose las narices. Porque la santidad empieza por la limpieza, y si hay pureza en las cosas más bajas, allí debe buscarse el comienzo de toda pureza. ¿Me has comprendido, Ahiman y tú, Noemí, su mujer? La próxima vez quiero ver a cada cual con su palita; de lo contrario el ángel vengador habrá de perseguiros.

“Además, deberás ser limpio, bañándote a mentido en agua corriente, para preservar tu salud; porque sin ella no hay limpieza ni pureza, y la enfermedad es impura. Y si crees que la suciedad es mas Saludable que la limpieza, eres un imbécil, y te verás acosado por ictericias, verrugas y forúnculos de Egipto. Y si no observas limpieza, te saldrán fístulas malignas y negras, y la peste pasará de sangre en sangre. Aprende a distinguir entre pureza e impureza, pues de lo contrario no podrás presentarte ante el Invisible, y serás la escoria de la tierra. Por eso, cuando un hombre o una mujer tenga erupciones malignas, temores, heridas llagadas o sarna, se considerará impuro y no será tolerado en el campamento, sino que se le conducirá lejos, aislado en impureza, así como el Señor os ha aislado a vosotros para que fuerais puros. Y todo lo que tal persona haya tocado, en donde se haya acostado, y su silla de montar, deberá ser consumido por las llamas. Mas en el caso de recobrar la pureza en el aislamiento, contará siete días para comprobar si de veras es puro y luego se bañará en abundante agua corriente; después de esto, podrá regresar.

“Debéis discernir, os advierto, y ser delicados a la vista de Dios, pues de lo contrario, no seréis puros como yo quiero hacerlos. Observo que todo lo coméis sin discriminación alguna, y eso es abominable. Porque debéis comer unas cosas otras desecharlas, y sentir placer por unas y repugnancia por otras. Todo cuanto tenga pezuña hendida y sea

---

rumiante entre las bestias, podrá ser comido. En cambio, lo que sea rumiante sin tener pezuña hendida, como el caballo, no debe ser comido. Desde luego, el buen camello no es impuro porque es criatura de Dios, pero como alimento no es conveniente; como tampoco el cerdo, que si bien tiene pezuña hendida, no es rumiante. ¡Discernid! Todo cuanto en el agua tenga aletas y escamas, podréis comerlo, no así lo que se desliza por el agua como las salamandras, que siendo también criaturas de Dios como comida debéis aborrecerlas. Entre los pájaros desdenaréis el águila, el cernícalo, el buitre y sus símiles; como también toda clase de cuervos, el avestruz, el búho, el cuclillo, la lechuza, el cisne, el murciélago, la cigüeña, la garza y el grajo, y asimismo la golondrina. Olvidaba la abubilla, a la que también debéis evitar. ¿Quién comerá la comadreja, el ratón, el topo o cualquier otra alimaña que se desliza por el suelo o se arrastra sobre su vientre? Vosotros lo hacéis sin embargo, comiendo así algo abominable para vuestras almas Si yo llego a ver a alguien comiendo un lución, haré que no vuelva a hacerlo. Es cierto que no habrá de morir por ello, ni sufrirá mal alguno, pero es vergonzoso y os cubrirá de oprobio. Por lo mismo no habréis de comer carroña, que, además es nociva”.

Impartióles de este modo instrucciones para su alimentación, restringiéndolos al mismo tiempo a una dieta determinada. Pero no paró en ello, sino que hizo igual cosa en asuntos de amor y lujuria, porque también en este aspecto vivían en promiscuidad y su comportamiento era burdo en extremo. "No debes romper el voto matrimonial - expresóles - por que es una barrera sagrada. Mas, ¿sabes lo que significa no romper el voto matrimonial? Significa cien restricciones por respeto a la santidad de Dios; y no sólo que no debe codiciarse la mujer del prójimo, porque esto es lo de menos. Tú vives en la carne, pero has hecho voto ante el Invisible, y el casamiento es el sagrado contenido de, toda la pureza de la carne ante la faz divina. Por consiguiente, no tomarás una mujer a la par que a su madre, para darte un ejemplo -, porque no es propio, como tampoco lo es acostarse con tu hermana para ver su vergüenza, y ella la tuya, porque eso es incesto. Tampoco

---

habrás de hacerlo con tu tía, porque no es decoroso de ella ni de ti, y debes hallarlo detestable. Cuando una mujer está con enfermedad, no debes aproximarte a la fuente de donde mana su sangre. Y si un hombre tiene una emisión vergonzosa durante su sueño, será impuro hasta la noche siguiente, y deberá bañarse esmeradamente con agua.

“Me entero de que ofreces a tu hija como prostituta, para beneficiarte con ese dinero. No lo hagas, porque si persistieras, te haré lapidar. ¿Y cómo se te ocurre dormir con un joven cual si fuera una mujer? Eso es anormal, y una abominación por la que ambos merecáis la muerte. Pero si alguien lo hiciera con las bestias, sea hombre o mujer, será despedazado y estrangulado junto con la bestia”.

¡Es de imaginar la consternación que tantas restricciones habrían de causar! Al principio, tuvieron la sensación que de obedecer a tanta cosa vedada, la vida no merecía ser vivida. Moisés los acosaba con su cincel, haciendo saltar aquí y allá el material que debía desecharse para la confección de su obra. Y aun hablando literalmente, hay que, tener en cuenta que los castigos y prohibiciones que anuncia estaban lejos de ser mero palabrerío, ya que detrás de sus admoniciones estaban Jehová y su hueste de ángeles vengadores.

“Yo soy el Señor tu Dios - díjoles, a riesgo de que tomaran sus palabras al pie de la letra,- quien os condujo fuera de Egipto, separándolos de los demás pueblos. Por esto separaréis vosotros lo puro de lo impuro y no os prostituiréis al ejemplo de los demás pueblos, sino que os consagraréis solamente a Mí. Porque yo, el Señor, soy santo y os he separado para que fuerais míos. La más grande impureza de todas es la de que os preocupéis de otros dioses fuera de Mí, porque yo soy un Dios celoso. Y lo peor de todo es hacer una imagen, sea de hombre o mujer, buey o gavilán, pez o gusano, porque con ello os habréis apartado de Mí, aun cuando esa imagen quisiera representarme a Mí. Sería lo mismo que os echarais a dormir con vuestra hermana o con una bestia, porque no hay gran diferencia entre ambas cosas, y una cosa lleva a la otra. De modo que estad atentos, porque yo estoy entre vosotros y todo lo veo. Aquel de vosotros que se prostituya con los



---

dioses muertos de Egipto, conocerá mi cólera. Lo arrojaré al desierto y allí lo desterraré. Lo mismo le pasará a quien haga sacrificios a Moloch, de quien, bien lo sé, guardáis buena memoria. Ese comete una maldad, y sobre él atraeré todo lo malo. Por consiguiente, no haréis pasar a través del fuego a vuestro hijo o hija, siguiendo esa tonta costumbre antigua, ni os fijaréis en el vuelo de los pájaros ni en sus gritos, ni os entenderéis con adivinos, augures o astrólogos, ni interrogaréis a los muertos, ni os confundiréis con magia en Mi nombre. Si un hombre llega a la villanía de recurrir a mi nombre como testimonio de verdad, de nada habrá de servirle, porque será castigado. También mutilarse el rostro o raparse las cejas o desfigurarse el cuerpo en señal de duelo por los muertos, es magia que a nada conduce y que debe aborrecerse. ¡Eso no lo permitiré!”

¡Cuán profunda consternación! De modo que ahora ni tampoco podrían practicarse pequeños cortes en el rostro en señal de duelo; ni el más leve indicio de tatuaje. ¡De modo que también esto significaba tener un Dios invisible! Aliarse con Jehová, lo comprendían ahora, equivalía a sujetarse a restricciones sin límite. Y detrás de cada prohibición de Moisés estaba el ángel vengador... y dado que nadie deseaba verse arrojado al desierto, cuanto Moisés prohibía pasó a parecerles horrendo; mas luego de pasado un tiempo, la cosa en sí pasó a ser considerada horrenda. Y cuando un hombre rompía con los preceptos, sentíase enfermo por haberlo hecho, aun sin pensar en el castigo.

“¡Pon freno a tu corazón! - advertía - y no pongas tus ojos en los bienes de otro para codiciarlos, porque eso conduce fácilmente al deseo de quitárselos, ya sea por robo, que es cobardía, o por asesinato, que es salvajismo. Jehová y yo no os queremos, ni cobardes ni salvajes, sino como debéis ser: decentes. ¿Habéis comprendido esto? Robar es un pecado rastrero; pero matar... sea por cólera o codicia o cólera codiciosa o codicia colérica, matar es una acción que clama contra el cielo. Aquel que la cometa, sobre él dirigiré mi rostro para que no sepa dónde esconderse. Porque ha derramado sangre, y en principio, la

---

sangre es gran misterio sagrado que debe ser mirado con hondo respeto, una ofrenda en mis altares, una expiación de culpa. Sangre no debéis ingerir, ni carne que contenga sangre, porque es Mía. Y quienquiera se vea manchado con sangre humana, verá helársele el corazón de frío espanto, porque lo perseguiré para que huya de sí mismo hasta el fin del inundo. ¡Decid Amén!”

Y todos dijeron Amén, confiando en que Moisés utilizaba el vocablo “matar” para designar literalmente el “dar muerte”, cosa que no estaba presente en el espíritu de la gente... o por lo menos no con demasiada frecuencia. Pero resultó que Jehová daba al vocablo un significado tan amplio como el que diera al hecho de no romper el lazo matrimonial. Resultó aplicada a toda suerte de culpas, hasta que el asesinato y el homicidio se vieron como final de cualquier herida que un hombre infiriera a otro. Se derramaba sangre, al parecer, cada vez que se intentaba sacar mayor provecho o perjudicar al prójimo, cosa a la que, por cierto, nadie dejaba de sentirse inclinado. Debían pues negociar sin falsía, no recurrir a testimonios falsos, dar medidas y pesos exactos. Resultaba todo completamente fuera de lo natural y lógico durante un buen lapso el temor natural al castigo resultó ser la única reacción que les pareció humana, lógica.

Debe honrarse al padre y a la madre. Moisés les inculcó también este precepto, pero pronto fue notorio que también a esto se le daba un sentido más amplio del que cabía suponerle. Se comprendía que un castigo aguardara a quien levantara la mano sobre sus progenitores, o los maldijera, pero ¿qué relación tenía eso con que, debía honrarse asimismo a cuantos pudieran haber sido sus progenitores? Deban, pues, ponerse de pie a la vista de una cabeza canosa, cruzarse de brazos e inclinar la testa ignorante en señal de sumisión. Así lo exige el respeto a Dios. El único consuelo estaba en que estando igualmente el prójimo impedido de instar a nadie, cabía la perspectiva de que también uno se pusiera vicio y canoso, y que llegara el turno de que los más jóvenes se pusieran de pie y se inclinaran ante uno.

---

La conclusión a que se llegó fue la siguiente: la edad era una alegoría para todo lo que no databa de hoy ni de ayer, sino que se remontaba más lejos todavía, era la verdadera tradición, significaba las costumbres de los antepasados. “Y a ellos se debe honrar y reverenciar. También debéis celebrar el día en que os conduje fuera de Egipto, el día del pan sin levadura, y para siempre el día en que Yo descansé de la creación. No mancharás mi día, el sábado, con el sudor de tu trabajo ¡Yo te lo prohíbo! Porque Yo te saqué de la esclavitud egipcia con mano poderosa y brazo firme, siendo tú un ciervo y una bestia de carga, y festejarás en mi día el día de tu liberación Durante seis días serás padre de familia, o labrador, alfarero, calderero o carpintero, pero para mi día te pondrás ropa limpia y no serás nada más que un hombre, y alzarás tus ojos hacia el Invisible.

“Fuiste un siervo en el Egipto, agobiado de trabajo. Recuérdalo en el trato con tus siervos. Eras mi extraño entre los egipcios, recuérdalo en el trato con los extranjeros que viven contigo, como los hijos de Amalek, por ejemplo, que Dios ha puesto en tus manos, y no os abuséis de ellos. Deberás considerarlos como a ti mismo y otorgarles los mismos derechos; de lo contrario, yo me interpondré, porque ellos están bajo la protección de Jehová. No Iharás esa diferencia absurda y arrogante entre ti y otros hombres, pensando que solo tú eres real e importante, mientras los demás no lo son. Tenéis en común la vida, y sólo al divino azar debes que tú no seas él. Por esta razón no te quieras a ti mismo solamente, sino también al prójimo, y harás con él lo que tú desearías que él hiciera contigo, de ser tú él. Sed amables unos con los otros, y besaros las yemas de los dedos al pasar, e inclinaros con una reverencia cortés, con el saludo: ¡Sed sanos y salvos! Porque tiene la misma importancia que él esté tan sano como tú lo estás Y si sólo lo hicieres por no faltar a las buenas maneras el besaros las yemas de los dedos, el mero gesto, sin embargo, dejará en vuestro corazón algún sentimiento similar al que debe inspirarte tu prójimo. Decid Amén a todo esto.”

---

## XVI

Pero con decir Amén no iban muy lejos. Lo decían porque Moisés era el hombre que los condujera felizmente fuera de Egipto, que hiciera perecer ahogado al ejército egipcio que los perseguía, y que, por fin, conquistara para ellos el oasis de Kadesh. Tomó mucho tiempo que se compenetraran, aunque fuese débilmente, y aún esto sólo en apariencia, de tanta enseñanza, imposición, restricción, orden y prohibición. Era realmente una tarea titánica la que había emprendido: formar para el Señor un pueblo santificado de entre la masa informe que era, una comunidad pura. Trabajaba en esa misión con el sudor de su frente, allá en Kadesh, su taller. Sus ojos avizores estaban en todas partes, modelando, cinceland, pidiendo, ese tronco reacio, con paciencia inimperturbable, con repetida indulgencia, a menudo perdonando, castigando con la ironía o recurriendo a los azotes otras veces. Aún así, asaltábalo en ocasiones una sorda desesperada reacción ante esa masa reacia, tan olvidadiza y reincidente; cuando olvidaban el empleo de sus palitas, o dormían con sus hermanas o sus, animales, o ingerían luciones, o se mutilaban el rostro, recurrían a hechicerías, cometían hurtos o llegaban al asesinato, no podía reprimirse y los apostrofaba así: “¡Oh, bestias, ya veréis, bajará el Señor hasta vosotros y os aniquilará!”

Sin embargo, ante el Señor hablaba de muy otro modo: “¿Qué haré yo, Señor, con esta carne, y por qué has puesto sobre mi este fardo que no puedo sobrellevar? Prefiero limpiar el estiércol de un establo que durante siete años no haya visto agua ni pala, o desmontar a una jungla con mis dos manos solamente y hacer de ella una huerta, que tratar de convertir a esta chusma en gente temerosa de Dios. ¿Cómo es que me veo a í, llevando en Mis brazos aquí, este pueblo, como si yo lo hubiera parido? Yo sólo tengo la mitad de esta sangre, la de mi padre. Por esto,

---

te suplico, Señor, que me dejes y permitas vivir dichoso y me dispenses de esta tarea porque de otro modo preferiré estrangularme".

Pero Dios le respondió desde su más recónditos adentros con una voz tan clara que alcanzó a oírla con sus propios oídos, y cayendo de hinojos, oyó estas palabras:

“Precisamente porque sólo llevas la mitad de su sangre de parte de aquel que fue enterrado, eres el hombre 'indicado para trabajar por ellos y por MÍ, para hacerlos a mi propia imagen. Porque si estuvieras más cerca de ellos, si fueras uno más de entre ellos, no los verías como son y no podrías echarles mano. Pero de todos modos este lamento tuyo y ese pedido de que te dispense de la misión que has emprendido... es sólo gazmoñería. Porque seguramente alcanzas a ver que en principio algo ya está hecho ya les has formado una conciencia, de forma que se sienten incómodos cuando cometen malas acciones. De modo que no finjas ante Mí que ya no tienes entusiasmo para la tarea. Es Mi celo el que a ti te posee, un celo divino, y sin él tu vida te sería odiosa, como el maná lo fue para tu pueblo al cabo de pocos días. Por supuesto, si Yo fuera a estrangularte, podrías prescindir de ello; pero de ninguna otra manera podrías”.

Moisés a despecho de sus tribulaciones, comprendía muy bien esto; asintió a las palabras de Jehová, sin haber alzado aún el rostro, y retomó fuerzas para el cumplimiento de su misión. Mas sus pesares no se referían solamente a la realización del dictado divino, porque dificultades y vejámenes le aguardaban también en su vida familiar. Habían surgido allí envidias y discordias, originadas en su propio error, si se quiere, ya que sus sentidos eran los que motivaban tal discordia. El trabajo emprendido dejaba sus sentidos ávidos e insaciables a la vez, a la par que su corazón hallábase prendado de una etíope.

Sábese que entonces vivía con una etíope, a la par que con su primera mujer, Séfora, la madre de sus hijos. Provenía esa mujer de la tierra de Kusch, y había llegado a Egipto de niña, alojándose en la región de Gesén y habiéndose incorporado al éxodo. Sin dudas había conocido para entonces a más de un hombre; y sin embargo, Moisés

---

compartió con ella su lecho. En su tipo, tratábase de una espléndida hembra, de generoso seno, ojos vivaces, labios sensuales que anticipaban toda una aventura al hombre que en ellos estampara un beso, y piel que exhalaba un aroma penetrante. Moisés se aferraba a ella porque le servía de incomparable relajamiento, y no podía separarse de esa mujer, malgrado la hostilidad de su propia familia. No sólo debía enfrentar a su mujer madianita y a sus hijos, sino más enconada hostilidad hallaba en sus medio hermanos Miriam y Aarón. Séfora, a la verdad, poseedora de buena parte del espíritu comprensivo y cosmopolita de Jetro, hubiera tolerado a su rival, especialmente dado el hecho de que la etíope procuraba ocultar su triunfo sobre el hombre que había en Moisés, y se comportaba sumisamente ante la verdadera esposa. Séfora, por su parte, tratábala con más ironía que ira, y aún ante el propio Moisés refrenaba sus celos y lo trataba de manera similar. Los hijos, Gershom y Eliezer, soldados de las tropas de Josué, poseían un acendrado sentido de la disciplina como para rebelarse contra el padre, si bien era evidente que los irritaba y avergonzaba su comportamiento.

Pero las cosas eran muy distintas con Miriam y Aarón, el mojigato. El odio que sentían hacia esa mujer negra era más emponzoñado que el de todos los demás, pues era a la verdad un escape para el odio más hondo y profundo que los unía contra el propio Moisés. Ya hacía tiempo que se habían despertado en ellos los celos por la estrecha relación de Moisés con Dios, por la maestría con que dirigía la formación espiritual del pueblo, y sobre todo porque la elección divina recayera sobre él, cosa que ellos juzgaban imaginaria en su mayor parte. Considerábanse ellos tan buenos, o quizá mejores, que el propio Moisés, y se decían el uno al otro: “¿Es que el Señor entonces habla sólo por boca de Moisés?; ¿acaso no lo hace también por nuestras bocas? ¿Quién es Moisés para alzarse tan por encima de todos nosotros?”. Tal la verdadera raíz del agravio que experimentaban por las relaciones de Moisés con la negra, y siempre que lo atacaban reprochándole sus noches de pasión, sabía bien Moisés que era ése el punto de partida para seguir luego con el verdadero motivo del

---

resentimiento que los impulsaba...y bien pronto aparecían las recriminaciones por el daño que les había sido inferido al haberse elevado él, Moisés, por encima de ellos.

Cierto día, hacia el crepúsculo, hallábanse en su casa, atormentándolo como de costumbre por sus relaciones con la etíope, y reprochándole el escándalo y el agravio inferido a Séfora, su primera mujer, y la vergüenza para sí mismo, pues su comportamiento equivalía a desenmascarse de cuando pretendía ser dirigente espiritual del pueblo, único representante de Jehová sobre la tierra.

- ¿Que yo lo pretendo? - repuso Moisés -. Lo que Dios me impuso, eso soy. ¡Qué odioso de vuestra parte, qué realmente odioso es envidiar mi placer y el descanso que obtengo sobre el pecho de mi etíope! Porque esto no es pecado ante Dios, y de entre las prohibiciones que me ha ordenado el Señor no figura la de acostarme con una etíope, que yo sepa...

- ¡Ah, sí! - repusieron ellos. Bien se buscaba él reglamentos arbitrarios y prohibiciones, de modo que no les sorprendería que muy pronto emanara una orden explícita de acostarse con etíopes, ya que se consideraba el único vocero de Jehová. Ante ellos, Miriam y Aarón, hijos legítimos de Anram, Meto de Leví, debía mostrar al menos un poco de humildad, él, un simple expósito sacado de entre los juncos. Y sin embargo, su obstinación en lo de la etíope, aparte de ser una vergüenza, resultaba más odiosa porque la motivaba la arrogancia y presunción de su temperamento.

- ¿Quién puede evitar ser elegido? - preguntó entonces Moisés -. ¿Y quién puedo evitar hallarse de pronto ante una zarza en Ramas? Miriam, yo siempre he estimado tus dotes de profetisa y nunca negué que sabes tocar bien los tímboles.

- ¿Por qué, entonces, me prohibiste mi himno “Caballo y guerrero”? - interpeló Miriam. -. ¿Por qué me prohibiste dirigir el coro de las mujeres con mis tímboles, sólo porque supones que Dios no desea que su pueblo se regocije del aniquilamiento del enemigo? Eso fue abominable de tu parte.

---

- ¿Y tú, Aarón? - prosiguió el asediado -. A ti te he investido como gran sacerdote del tabernáculo, dándote el arca, el “efod”, y la serpiente para que tú los cuides. Tanta es mi estima por ti.

- Era lo menos que te tocaba hacer -repuso Aarón -, ya que privado de mi elocuencia nunca hubieses ganado al pueblo para la causa de Jehová, y con tu torpe discurso nunca los hubieras conducido al éxodo. Sin embargo, tú te llamas a ti mismo como el hombre que nos condujo fuera de Egipto. Y bien, si tú nos estimas, y no llevas tu vanidad a exaltarte por encima de tus hermanos legítimos, ¿por qué, entonces, no escuchas nuestros consejos? ¿por qué haces oídos sordos a la advertencia de que estás poniendo en peligro al pueblo entero por tu concubinato con la negra? Porque ella es un trago amargo como la hiel para Séfora, tu mujer madianita, y ofendes con ello a todo Madián, tanto que no es difícil que tu cuñado Jetro caiga sobre nosotros, todo a causa de ese tu capricho negro.

- Jetro - dijo Moisés con gran dominio de sí mismo - es un hombre bien equilibrado, un hombre de mundo, que por supuesto habrá de comprender que Séfora, con todo el respeto debido a su nombre, no puede ya ofrecer a un hombre tan colmado de tribulaciones como yo lo estoy el descanso que le es preciso. La piel de mi etíope, en cambio, es cual canela y clavo para mi olfato, y por lo tanto os suplico, queridos amigos, ¡dejádmela!

Pero lejos estaban de consentirlo, y prosiguieron vociferando y clamando contra ella, al punto de exigir que no sólo la apartara de su lecho, sino también que la arrojara al desierto, sin agua.

Comenzó entonces a montar en ira Moisés, a temblarle los puños contra sus muslos... pero antes de que pudiera desplegar los labios para replicarles como se merecían, prodújose un temblor bien distinto al de sus puños. Jehová intervino, apiadándose de su siervo Moisés y volviéndose contra esos hermanos de corazón tan duro, de una manera que jamás podrían ya olvidar. Algo espantoso y sin precedentes aconteció.



---

## XVII

Tembló la tierra, sacudiéndose y estremeciéndose bajo sus pies, impidiéndoles mantenerse parados, haciéndolos balancear hacia adelante y hacia atrás dentro de la choza, cuyos postes se movían como agitados por manos gigantes. Y la tierra firme movióse, no sólo hacia un lado, sino a un mismo tiempo en todas direcciones, en un vértigo espantoso, provocándoles horribles sensaciones. Y todo esto acompañado por un bramido subterráneo, y desde afuera y desde lo alto llegó a sus oídos como un clamor de trompetas, seguido por crepitaciones, truenos, estrépitos y retumbos. Es de imaginar el pavor de ver que en el momento en que iba a estallar de ira Moisés, el propio Dios lo hiciera por sí mismo, quitándole de los labios las palabras - sólo que con una fuerza infinitamente superior a la que hubiera podido emplear un simple mortal, sacudiendo a la tierra entera, cuando su siervo se hubiera limitado a sacudir los puños.

Moisés alarmóse mucho menos que los dos hermanos, ligado como estaba permanentemente a Dios. Pero Aarón y Miriam empalidecieron de terror, mientras los tres salían presto de la choza. Una vez afuera vieron que la tierra habíase abierto en una enorme grieta, justamente frente a la casa de Moisés, obviamente destiada a Miniani y Aarón, de modo que por escasa distancia libraronse de ser devorados por la tierra. En ese mismo instante divisaron la montaña del este, Horeb o Sinaí, pero... ¿qué estaba sucediendo en Horeb, y en el monte Sinaí? Envuelto en humo y llamas, lanzaba fragmentos en ignición hacia el cielo dejando oír el estrépito de lejanas explosiones, mientras dos de fuego descendían por sus laderas. Una densa humareda, surcada por relámpagos, oscurecía las estrellas que iluminaban el cielo

---

del desierto, mientras una lluvia de cenizas comenzaba a descender sobre el oasis de Kadesh.

Aarón y Miriam cayeron postrados de hinojos, aterrorizados ante la evidencia de que la grieta había sido destinada a ellos y ante la revelación de Jehová sobre la montaña, advertidos ante tamaños sigilos que habían ido demasiado lejos en su necedad. Aarón fue el primero en dirigirse a Moisés:

- Oh, Señor mío, esta mujer, mi hermana, ha hablado necia y tontamente. Acepta no obstante mi ruego y no permitas que ese pecado permanezca sobre su cabeza por haber ofendido a quien ha sido ungido por nuestro Dios.

Mirlam también exclamó, vencida por el temor:

- Señor, nadie pudo hablar y expresar más necedad que mi hermano Aarón. Perdónalo, no obstante, y no permitas que permanezca sobre él el pecado de haberte molestado a causa de tu etíope.

No estaba Moisés tan seguro como ellos de que la demostración de Jehová estuviera dirigida precisamente - contra su hermano y hermana, por la dureza de sus corazones, pues bien podía tratarse de un recurso divino para convocarlo a una entrevista para impartirle nuevas instrucciones acerca de la educación de su pueblo... aviso que Moisés aguardaba permanentemente. Sin embargo, dejó las cosas tal como habían sido interpretadas por los culpables, y replicóles:

- Ya ven. Pero coraje, hijos de Amram. Yo diré una buena palabra por ustedes, allá arriba, en el monte donde Dios me convoca. Porque entonces habréis de ver, y todo el pueblo habrá de ver, si vuestro hermano se halla debilitado por su capricho negro o si un soplo divino alienta en su alma como en la de ningún otro mortal. Subiré al monte en llamas, solo, hacia Dios, para oír sus pensamientos y sin temor a conversación con el Invisible, cara a cara, lejos de los hombres, pero acerca de ellos. Porque hace tiempo que sé que cuanto yo os he enseñado para vuestra salvación ante el Santísimo, El habrá de reunirlos y sintetizarlos para toda la posteridad en un código, que yo seré quien descienda del monte, Su morada, portador de esas divinas leyes, para

---

que el pueblo las contemple en el tabernáculo, junto al arcón, el “efod” y la serpiente de bronce. ¡Adiós! Quizá perezca en el tumulto de Dios y entre los fuegos de la montaña. Muy bien puede ocurrir; debo admitirlo. Pero si regreso, os traeré de entre sus truenos el resumen final, la Ley de Dios.

Tal era, a la verdad, su firme resolución aunque le fuera en ello la vida. Si alguna vez conseguía hacer de esas tribus hoscas e incultas una comunidad temerosa de Dios, que observara fielmente la ley divina, nada podía haber de más efectivo que internarse solo e indefenso entre los terrores de Jehová y descender de la montaña portador del Decálogo. “Entonces sí, pensaba Moisés, se verían comprometidos a observar y conservar esas divinas leyes”. Ya corría hacia su morada el pueblo entero, desde todos los rincones, temblando de espanto por los estertores que llegaban desde el centro de la tierra, que ahora iban perdiendo intensidad. Los increpó por ese terror propio de salvajes, recomendándoles a la vez compostura y decoro. Dios, díjoles, lo convocaba en la montaña para bien de ellos, y hacia allí había de encaminarse, para traerles algo a su regreso con la ayuda de Dios. Por su parte, debían regresar a sus hogares y prepararse para una excursión, lavando sus ropas y sus cuerpos, absteniéndose de sus mujeres, y dedicándose a la meditación. Al día siguiente debían salir todos de Kadesh e internarse en el desierto, al pie de la montaña, donde levantarían campamento y aguardarían su regreso.

Así ocurrió, o poco menos. Moisés, naturalmente, sólo había pensado en que se lavaran las ropas y se abstuvieran de las mujeres. Pero Josué, el joven estratega, meditó acerca de los demás requisitos necesarios para efectuar semejante excursión en masa. El y sus tropas tomaron a su cargo la provisión de cuanto era necesario llevar consigo, agua y alimentos para miles de personas en el desierto. Dispuso un servicio de enlace entre Kadesh y la montaña, dejando a Caleb y a un destacamento de policías en Kadesh, con todos aquellos que por una u otra razón no podían salir del oasis. El resto del pueblo, al tercer día, cuando todos los preparativos habían sido ya dispuestos, inició la

---

marcha de sus carromatos y ganado. Día y medio les llevó alcanzar la montaña; no muy cerca, a una distancia prudencial del recinto flamígero de Jehová, Josué demarcó un espacio en el cual debían alzar sus tiendas. En nombre de Moisés, prohibo al pueblo ascender a la montaña, MÍ siquiera tocar sus estribaciones, pues sólo al enviado de Jehová le estaba permitido aproximarse tanto a Dios. Por otra parte, era peligroso, y quienquiera se acercara a la montaña sería lapidado o traspasado a flechazos. Escucharon sin emoción semejante orden, pues si por un lado no tenía el pueblo la menor intención de aproximarse a Dios, por otra parte, la montaña no ofrecía aspecto atrayente en modo alguno, ni de día, cuando Jehová yacía sentado sobre una espesa nube surcada de relámpagos, ni de noche, cuando la nube se encendía en llamas, al igual que la cima de la montaña.

Josué sentíase orgulloso en grado sumo ante la divina intrepidez de su maestro, fue en presencia del pueblo entero que inició la marcha hacia la cumbre, solo y a pie. Llevaba en la mano el cayado del peregrino, por toda provisión un odre de agua y unos panecillos, y varias herramientas, un pico, un cincel, un mazo y un buril.

Josué no cabía en sí de dicha al comprobar la impresión que tanta bravura dejaba en el pueblo, pero, sin embargo, sentíase preocupado por la suerte de su tan reverenciado maestro, motivo por el cual habíale rogado encarecidamente no arriesgarse demasiado cerca de Jehová, a la par que tuviera mucho cuidado con las corrientes de lava que bajaban por las laderas. No obstante esas recomendaciones, díjole que habría de visitarlo espaciadamente, de forma que el maestro no sufriera necesidades en la soledad, junto a Dios.

---

## XVIII

Atravesó pues el desierto, cayado en mano, con los ojos puestos en la Montaña de Dios, que humeaba cual chimenea, y escupía fuego con frecuencia. Tenía esta montaña una extraña configuración, con hendiduras y depresiones circundándola en torno, que parecían dividirla en diversos estratos. Hubiérase dicho senderos en torno al macizo para facilitar su acceso, pero no eran tales, sino especie de peldaños de una terraza, de paredes amarillentas. Hacia el tercer día, el peregrino había atravesado las colinas y hallábase finalmente al pie de la montaña sagrada, que comenzó a escalar, con el puño cerrado sobre la empuñadura del báculo, que lo precedía a cada paso a medida que subía por la árida piedra ennegrecida, que quemaba sus plantas. Horas y horas transcurrieron en su empeño de llegar paso a paso, cada vez más alto, hacia la proximidad con Dios, tan cerca como le fuera permitido a un ser humano. Mas al cabo, los vapores de sulfuro, oliendo a metal en ebullición, impregnaban de tal manera el aire que ya le faltó aliento y comenzó a toser sin descanso. Mas llegó finalmente a la grada superior, bajo la misma cumbre de la elevación desde donde pudo apreciar el panorama de la árida cadena de montañas extendiéndose a lo largo del desierto, y más lejos al propio oasis de Kadesh. También distinguió como una mancha informe y lejana, el campamento que el pueblo alzara a los pies del monte sagrado.

Aquí, semiasfixiado, Moisés halló finalmente un refugio en una caverna abierta en la misma roca de la montaña, que habría de protegerlo de los desmoronamientos y las corrientes de lava. Allí instaló su morada, y al cabo de un breve descanso, preparóse para emprender la tarea que Dios le encomendara. Con tanta dificultad como debía vencer, inclusive los vapores metálicos que le oprimían el pecho y que

---

hasta al agua daban sabor de azufre, su obra le llevaría cuarenta días y cuarenta noches.

Mas ¿por qué tanto tiempo? Pregunta ociosa. La Ley de Dios, en forma compacta y compendiada que sirviera para toda la posteridad, debía ser compuesta y grabada sobre la piedra de su propia montaña, para que Moisés la llevara luego al pueblo paterno, tan vacilante y asombrado, junto al recinto donde aguardaban su regreso. Debería permanecer entre ellos de generación en generación, grabada en forma inviolable sobre la piedra como sobre sus mentes, sus corazones, su carne y su sangre. Había de ser la quintaesencia del buen comportamiento de los hombres. Ordenóle Dios con voz potente, salida de su propio pecho, que labrara dos tablas extrayéndolas de la misma roca viva, y escribiera sobre ellas los mandatos divinos, cinco en una y cinco en la otra, diez en total. Confeccionar esas tablas, alisarlas y darles forma para que fueran portadoras de la Ley eterna y divina, sólo eso, no era tarea fácil en modo alguno. Un hombre solo, aunque posea manos anchas y descomunales muñecas, y aunque haya sido amamantado por la hija de un picapedrero, no puede cumplirla sino al cabo de muchos días. Y de hecho, la sola confección de las tablas llevó una cuarta parte de los cuarenta días. Pero la escritura en sí, una vez llegado a este punto, fue un problema en cuya solución bien pudo retardarse Moisés más de los cuarenta días prescriptos.

La dificultad estribaba en cómo habría de escribir dichas leyes. En la escuela tebana había aprendido los decorativos jeroglíficos egipcios, y su adaptación a la escritura corriente, como también los rasgos cuneiformes utilizados en los documentos importantes en la región del Eufrates, y empleados por los reyes de la tierra para intercambiar ideas, sobre tablas de arcilla. Entre los madianitas, por otra parte, habíase familiarizados con unos pocos signos semánticos expresados en símbolos, tales como ojos, cruces, escarabajos, círculos y otras líneas curvas multiformes, tipo de escritura utilizada en la tierra de Sinaí, burda copia del sistema jeroglífico egipcio que no lograba simbolizar palabras o conceptos completos, sino solamente sílabas parciales.

---

Moisés comprendía que uno de estos tres métodos de fijar los mandatos divinos servirían para el caso presente, por la sencilla razón de que todos estaban estrechamente ligados a la lengua que expresaban dichos signos. Ni en babilonia, ni en egipcio, ni en la jerga de los beduinos de Sinaí, podría escribir la ley divina. No, debía escribirla en la lengua de los antepasados de su padre, en el idioma que hablaban, en el mismo dialecto que él utilizaba en su tarea de formación espiritual del pueblo, sin preocuparse de si podrian o no leerlo en la forma que él habría de escribir. Y a la verdad, mal podrían leerlo desde el momento en que difícilmente podía escribirse, dado que no existía entre ellos escritura semántica alguna equivalente a la lengua que hablaban.

Fervientemente, con toda su alma, deseó Moisés hallar una forma de escritura simple, que pudieran aprender a leer rápidamente, ignorantes como eran, y que, con la ayuda de la proximidad divina, pudiera inventarse y concebirse en tan escaso tiempo. Era preciso, pues, 'inventar un tipo de escritura, desde el momento que no existía.

Tarea oprimente, torturante. No había imaginado que lo fuera tanto. Sólo había pensado en escribir, mientras que no se había detenido a pensar que no le sería posible porque no disponía de un tipo de escritura. La cabeza le ardía como un horno; era como la cima de la montaña sagrada, encendida en el fervor de las mejores esperanzas para su pueblo. Sentía como si rayos de luz le atravesaran el cerebro, como si brotaran cuernos de su frente, surgidos de su ansiedad y su férvido deseo de ser iluminado por una inspiración. No podía inventar signos por cada palabra utilizada por su pueblo, ni para cada una de las sílabas que las componían. El vocabulario de su gente era bastante exiguo en realidad, pero aún así, necesitaba de un buen número de símbolos, que resultaba materialmente imposible crear en tan poco tiempo como disponía; por otra parte, debía pensar en que esa gente debía aprenderlos a leer con relativa facilidad. Ideó por fin algo que de tan bueno que le pareció sintió como si se le irguieran los cuernos brotados de su frente. Clasificó los sonidos de la lengua: los que se hacían con los labios, con la lengua y el paladar, y con la garganta. Dejó de lado un

---

grupo menor de sonidos abiertos, que se transformaban en palabras solamente cuando se incluían en combinaciones con los anteriores. No eran tantos, sin embargo, unos veinte solamente, y dando a cada uno de ellos un símbolo representativo determinado, que obligaba a pronunciarlo según la lengua corriente, y que, combinándolos, representaban palabras e imágenes, sin tomar en especial cuenta a las del otro grupo, que surgían automáticamente de todas maneras. Podían hacerse tantas combinaciones como se deseara, y no sólo en la lengua de los antepasados paternos, sino en cualquier idioma. Hasta podía escribirse el egipcio y el babilonio mediante esos signos.

¡Inspiración divina! Se asemejaba a Aquel de quien emanaba, el Espiritual, el Invisible, que poseyendo al mundo entero había detenido sus ojos en el pueblo que aguardaba a Moisés al pie de la montaña, siendo no obstante Dios de todo el universo, Asimismo, resultaba una peculiarmente apta para el propósito urgente e inmediato de Moisés y para llenar la necesidad que había determinado su creación; es decir, para escribir el texto breve que señalaría la alianza eterna con Dios. Por supuesto, debería primeramente grabarse en los corazones de la estirpe que Moisés condujera fuera de Egipto, porque Dios y él sentían por ese pueblo un común afecto; pero del mismo modo que ese conjunto de signos arbitrarios podía Utilizarse para escribir todas, las palabras de todas las lenguas de todos los pueblos de la tierra, y del mismo modo que Jehová era omnipotente por sobre todos ellos, también el texto que Moisés se proponía escribir por medio de esos signos había de ser universal. Debía resultar un compendio de la naturaleza que sirviera en todas partes de la tierra, para todos los pueblos, como la piedra fundamental de la moralidad y la buena conducta.

Así, pues, encendido de entusiasmo, Moisés comenzó a grabar sus signos sobre la pared rocosa, imitando los sonidos que la gente de Sinaí reproducía en su lenguaje, representándose los mentalmente a medida que avanzaba en tu tarea. Con su cincel grabó sobre la roca los signos que ideara para representar los diversos sonidos que la estirpe paterna



---

reproducía al hablar, y los dispuso en forma que resultara placentera al oído comprendiendo que con ellos podía describirse al mundo entero.

Y escribió, es decir, grabó, y cinceló y esculpió sobre la roca quebradiza de las tablas, que habla preparado de antemano con trabajo, mientras meditaba acerca de la escritura a emplear. A nadie puede asombrar entonces que tomara cuarenta días en la tarea.

Unas pocas veces llegóse hasta él el joven discípulo Josué, para llevarle agua y pan. El pueblo no necesitaba saber de esto; creía que, Moisés permanecía allá arriba sostenido por la presencia divina y sus palabras, y Josué consideró prudente dejarlo en esa creencia.

Alzabase Moisés al alba y trabajaba hasta que se ponía el sol en el desierto. Debemos imaginárnoslo sentado allá arriba, desnudo el torso, velludo el pecho, expuestos los fuertes brazos heredados del padre, con los ojos vivos fijos en la piedra, la barba ya canosa, masticando un trozo de pan, tosiendo tic tanto en tanto, debido a los vapores sulfurosos, avanzando en la tarea con el sudor copioso de su frente. Apoyado en la pared rocosa, en cuclillas, prestaba gran atención al más ínfimo detalle, dibujando, en primer lugar, cada signo, para luego grabarlo en la piedra.

Sobre la primera tabla escribió:

“Yo, Jehová, soy tu Dios, y no tendrás otro Dios más que a mí.

No harás imagen alguna de Dios.

No tomarás mi nombre en vano.

Acuérdate de santificar mi día.

Honrarás al padre y a la madre.”

Y sobre la otra escribió:

“No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No perjudicarás al prójimo mediante falso testimonio.

No codiciarás los bienes ajenos.”

---

Esto fue lo que escribió, dejando de lado las vocales, que quedaban sobreentendidas. Y mientras lo hacía, parecióle como si rayos semejantes a un par de cuernos emergieran del nacimiento de sus cabellos, sobre la frente.

Cuando Josué subió por última vez a la montaña, permaneció un tiempo más prolongado que el acostumbrado, dos días para ser precisos, ya que Moisés no había finalizado aún su tarea y deseaban bajar juntos a la planicie. Admiraba el joven calurosamente la labor de Moisés al par que la alababa, consolándolo porque unas pocas letras, a pesar de toda la dedicación y para gran desconsuelo, habían quedado mal grabadas y resultaron ilegibles. Josué aseguróle que el efecto general no se veía en nada desmerecido por esas fallas.

Como toque final, y en presencia de Josué, Moisés dio color a las letras que había grabado. Y lo hizo con su propia sangre, para que resaltaran con más fuerza, por no disponer en ese sitio de ningún otro colorante; hirióse, pues, él mismo el brazo con el cincel y cuidadosamente dejó caer sobre los surcos de cada signo las gotas de su sangre, hasta que resaltara bien nítido su color rojo. Cuando se hubo secado, tornó Moisés una tabla bajo cada brazo y entre r, o al joven el báculo que lo había ayudado a ascender el monte sagrado. Así descendieron juntos la montaña de Dios, hacia el campamento del pueblo, en el desierto.

---

## XIX

Cuando ya se hallaban a escasa distancia del campamento, llevó a sus oídos un rumor cuyo origen no atinaron a discernir. Moisés fue el primero en oírlo, pero Josué adelantósele en mencionarlo.

- ¿Oyes ese extraño sonido? - preguntóle -, ese sordo tumulto... creo que está sucediendo algo, como si hubiera una riña, si no me equivoco. Y de proporciones considerables, por cierto, para alcanzarlo a oír desde esta distancia si es como creo, llegas a tiempo.

- Bien está que llegemos, de cualquier modo -respondió Moisés -. Pero, a mi parecer, no se trata de pelea, sino de un alegre alboroto, con canto y baile para mejor. ¿No oyes unos alaridos estridentes y el sonido de timbales y tambores? Josué, ¿cómo es que están de fiesta sin mi consentimiento? Apuremos el paso.

Apretó las tablas bajo las axilas y aceleró la marcha, seguido de Josué, mientras meneaba la cabeza murmurando para sí: “Cantan y danzan... cantan y danzan”, cada vez más desorientado y, finalmente, alarmado, ya que a medida que avanzaban se hizo evidente que no se trataba de una riña en la que uno llevara las de ganar y otro las de perder, sino de un cántico a coro... faltaba saber quien entonaba ese himno y con cuál propósito.

Bien pronto habrían de saberlo. El espectáculo que se les ofreció a la vista los llenó de horror. Cuando Moisés y Josué atravesaron el portón que daba acceso al recinto, pudieron, entonces contemplar la escena en toda su desvergonzada crudeza. El pueblo estaba fuera de sí, rebelado contra toda restricción, cuanto precepto sentara Moisés para me orar sus almas, y todo decoro divino, entregado al Ipecado con espeluznante abandono.

Exactamente junto al portón, habíase fijado el punto de reunión para las asambleas, y en ese sitio celebraba el populacho su mísera libertad. Antes de entregarse al canto a coro y a la danza, habían

---

comido hasta el hartazgo, y el espacio abierto delataba al ojo menos precavido las señales de la carnicería y la gula. ¿Y en honor de quién esos sacrificios y ese hartazgo ? Allí estaba. En el centro de la plaza, sobre una grada de piedra, que hacía las veces de altar, erguía una imagen toscamente modelada, un ídolo, un becerro de oro.

No era un becerro precisamente, sino un toro, el vulgar toro al que todos los pueblos del inundo rendían holocausto. Había sido llamado becerro debido a su talla mediana, más bien pequeña, mal modelada y de ridículas formas, una torpe abominación, en la que, sin embargo, reconocíase al toro sin esfuerzo. En torno a esa burda invención movíanse concéntricamente doce rondas de hombres y mujeres, tomados de las manos, al son de timbales y tambores, con las cabezas echadas, hacia atrás, extasiada la mirada, alzando las rodillas hasta el mentón, gritando y lanzando alaridos, al par que haciendo gestos obscenos de adoración hacia la imagen.

Movíanse las rondas en direcciones opuestas, una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda, mientras que dentro del círculo interior podía verse frente mismo al becerro al propio Aarón, saltando sin descanso, con su túnica de mangas largas que llevaba en el servicio del tabernáculo, y que ahora había arrollado hasta la cintura para poder mover mejor sus largas y velludas piernas.

Miriam, por su parte, al son de los timbales, inducía a las mujeres a danzar sin tregua.

Esto en cuanto a la ronda en torno del ídolo se refiere. Entretanto, en el espacio libre, ofrecíase un espectáculo que encajaba perfectamente con la escena anteriormente descrita.

Resulta doloroso describir la vergüenza allí imperante. Algunos comían gusanos y luciones, otros hallábanse echados con sus propias hermanas, en público, para mejor honrar al becerro. Otros hacían sus necesidades sin proveerse de la consabida palita y, por fin, alguien manoseaba descaradamente a su propia madre.

Ante espectáculo tan horrendo, Moisés estuvo a punto de tallar de ira, y con el rostro inflamado y los ojos humeantes, abrióse paso

---

decidido hasta el becerro, rompiendo las rondas e introduciendo entre los bailarines la vergüenza y el temor, al punto de detenerse todos, boquiabiertos, contemplando al maestro. Avanzó derechamente hasta la fuente, el corazón mismo del crimen. Alzó bien alto una de las Tablas de la Ley con su poderoso brazo y la hizo trizas sobre el ridículo animal, hasta ver que se le quebraban las patas: volvió a golpearlo, una vez, y otra vez, con tan tremenda furia que la misma tabla de piedra quedó hecha pedazos, al tiempo que una masa informe fue cuanto quedó del ídolo. Alzó entonces la otra tabla, y con ella dió el golpe de gracia al abominable engendro, reduciéndolo a trizas. Y como viera que la segunda tabla permanecía incólume, la golpeó contra el pedazo de piedra que había hecho las veces de altar, hasta hacerla trizas también. Luego, con los puños temblándole de ira, y desde el fondo de su corazón, lanzó estas palabras vibrantes y doloridas:

- ¡Vosotros, viles criaturas, desertando de Dios! Allí yace lo que yo os traía de Dios mismo, escrito por Él mismo, con su propia mano, lo que debía ser el talismán contra vuestro mísero estado de ignorancia. Allí yace hecho trizas, junto a las ruinas de vuestro ídolo ¿Qué podré hacer para ustedes ante Dios, para que no os envíe tremendo castigo?

Y de pronto reparó en Aarón, que hasta un minuto antes saltaba desenfrenadamente, parado ahora muy cerca de él, baja la mirada, cubierta la nuca con sus pringosos rizos, torpe y ridículo sin medida, y tomándolo de las ropas y sacudiéndolo, lo increpó con estas palabras:

- ¿Cómo ha llegado aquí el Belial dorado, la bestia asquerosa? ¿Y qué te ha hecho el pueblo a ti para que lo arrastraras de este modo a la ruina mientras yo estaba en la montaña, al punto de que tú mismo lo condujeras cual lascivo carnero?

Y Aarón contestó:

- Ah, mi querido señor, que tu ira no se abata sobre mi y sobre tu hermana, porque se nos ha obligado a ceder. Tú conoces la maldad de esta gente; realmente, fueron ellos los que nos han obligado. Estuviste en la montaña demasiado tiempo, una eternidad, y todos pensábamos que ya nunca volverías. Por eso, la gente se agolpó a mi alrededor,

---

gritando que, nadie sabía qué había sido del hombre que los condujera fuera de Egipto, y que seguramente no volverías, pues las fauces de la montaña que escupen fuego te habrían devorado. Me pidieron que les hiciera un dios que los pudiera preceder si Amalek regresaba, al grito de “Somos un pueblo como cualquier otro, y queremos adorar a dioses como los otros pueblos!” Así hablaron, mi señor, porque con tu ausencia creyeron que ya no regresarías. Pero dime ahora qué podía hacer yo, cuando todos se habían coaligado en su contra. Les dije que me trajeran todos sus pendientes de oro, y habiéndolos fundido, modelé ese becerro para que a él adoraran.

- Y muy mal lo has hecho - concluyó Moisés, desdeñosamente.

- Estaba tan apurado - replicó Aarón -, porque ya al día siguiente, es decir, hoy, querían realizar esta orgía ante dioses visibles que ellos pudieran comprender. Les entregué, pues, la figurilla, que no puedes afirmar que no tenga ningún parecido, y todos se mostraron muy contentos y profirieron exclamaciones de júbilo, aclamándolo como al dios que los condujera fuera de Egipto. Y entonces le fue construido el pedestal y le ofrecieron sacrificios y holocaustos y comieron y jugaron y danzaron.

Dejólo Moisés con la palabra en la boca y volvió a abrirse camino por entre las interrumpidas rondas, encaminándose hacia el portal, seguido de Josué. Allí se detuvo bajo las vigas que formaban el dintel, y con todas sus fuerzas gritó al pueblo:

- ¡Aquél que pertenezca al Señor, que venga hacia mi!

Muchos se fueron aproximando, todos aquellos de corazón honrado que habían participado de la bacanal a pesar suyo, además de los hombres de Josué, que rodearon al y al maestro.

¡Desdichadas criaturas! - dijo entonces Moisés -¿Qué habéis hecho, y cómo podré ahora conseguir que Jehová perdone vuestros pecados y no os rechace como malvados incorregibles y os aniquile sin piedad? Haceros un Belial de oro en cuanto doy vuelta la espalda. ¡Qué vergüenza para vosotros, y que vergüenza para mi! Contemplad las ruinas que allí yacen. No me refiero al becerro, que la maldición haga

---

presa de él, sino a las tablas, hechas pedazos... Era ése el presente que os había prometido y que os traje. La Verdad Eterna, la piedra fundamental de la decencia. Es el decálogo que, junto con Dios, escribí para vosotros, en vuestra escritura, con mi sangre. Ahora yace allí, hecho trizas.

Muchos de entre ellos se echaron a llorar al oír esas palabras, y por doquier se oyeron sollozos y suspiros.

- Quizás pueda remediarse - dijo entonces Moisés -, porque el Señor es paciente y misericordioso, y perdona las malas acciones y el pecado, ¡sin dejar a nadie sin su castigo!

Aquí volvió a acosarlo la ira, y con el rostro encendido y las venas, del cuello hinchadas, gritó iracundo:

- “Porque yo castigaré el pecado hasta la tercera y cuarta generación, porque soy celoso de mi culto”, ha dicho nuestro Señor. “Aquí se juzgará a los culpables y habrá una purificación sangrienta, porque con sangre ha sido escrito. Quiénes encabezaban las rondas, Quiénes primero aclamaron al carnero dorado, afirmando que él os había guiado fuera de Egipto, siendo que solamente, Yo lo he hecho”, así lo ha dicho el Señor. Se entregará a los culpables al ángel vengador, sea quien fuere. ¡Y serán lapidados y traspasados a flechazos, así sean trescientos ! El resto dejará de lado todo adorno y se consagrará a la penitencia hasta mi regreso. Porque yo he de volver al monte sagrado, y veré ante Dios lo que todavía puedo hacer por vosotros, ¡oh, generación descarriada y perversa!

---

## XX

Moisés no estuvo presente durante las ejecuciones que habla decretado a causa del becerro; eso coma a cargo de la mano de hierro de Josué. Por su parte, ya estaba de regreso en la montaña, junto a la caverna que hallara bajo la cima rumorosa, mientras el pueblo hacía penitencia; y allí permaneció por espacio de otros cuarenta días y cuarenta noches, entre los vapores ponzoñosos. Cabe preguntar por qué tanto tiempo esta segunda vez. La respuesta es la si lente: No fue solamente porque debió rehacer las tablas, y volver a escribir sobre ellas el divino decálogo. Esta vez pudo hacerlo un poco más ligero, pues ya tenía práctica por una parte, y lo que es más importante, conocía ya la escritura a emplear, sino que lo fundamental esta vez fue obtener el consentimiento de Dios para reemprender esa tarea. Moisés debió argumentar largamente con El, lucha en la que la misericordia y el amor rivalizaban con la ira y el disgusto, y en la que Moisés debió recurrir a todas sus facultades de persuasión y a astutas argumentaciones para evitar que Dios rompiera el vínculo que ofreciera al pueblo de Israel, condenándolo al exterminio, tal como Moisés hiciera con las primeras Tablas de la Ley.

- No volveré a acercarme a ellos - dijo Dios - para dirigirlos hacia la tierra de sus antepasados; no me lo pidas, porque no puedo fiarme de mi paciencia. Soy celoso, y la ira me enciende, y ya veras como un día no podré contenerme y los exterminaré.

Y desde que ese pueblo era igual al becerro de oro, mal conformado y sin esperanza de mejora, nada cabía hacer que no fuera destruirlo. Y díjole a Moisés que debía ser aniquilado por entero, mientras que a él, a Moisés, lo destinaría para que constituyera un gran



---

pueblo elegido de Dios. Mas Moisés no podía consentir semejante cosa y rogó de este modo:

- No, Dios, perdónales sus pecados, si no, bórrame también a mí de tu libro, porque no quiero sobrevivirles ni constituir un pueblo sagrado con mi persona, en lugar de ellos.

Tomó entonces a Dios por el lado del honor, y siguió diciéndole:

- Considera, oh Santísimo, que si llegas a exterminar a ese pueblo como si fuera mi solo hombre, los infieles, al oír sus gritos dirán: “Desconfía de ese Dios, porque no pudiendo conducirlos a la Tierra Prometida, como les había jurado, porque no era capaz, los exterminó a todos en el desierto”. ¿Permitirás que la gente del mundo diga esas cosas de Ti?. Deja pues, que se acreciente tu grandeza y sé ,indulgente con el error de este pueblo, con arreglo a tu misericordia.

Fue con este argumento, en particular, que Moisés logró convencer al Señor y decidirlo al perdón, aunque con alguna reserva. Declaró Dios que nadie de entre esa generación había de ver la tierra de sus antepasados, excepción hecha de Josué y Caleb.

“Los hijos - decretó el Señor - serán conducidos por mí hasta la Tierra Prometida. Pero aquellos que cuenten ahora más de veinte años no habrán de verla, y sus cuerpos habrán de yacer en el desierto.”

Asintió Moisés y acordó con el Señor de que así debía obrarse. Esta decisión, a la verdad, coincidía con sus propios propósitos y los de Josué, de modo que no quiso rebatirla.

- Permíteme ahora renovar las tablas - dijo - y llevar al pueblo tu sagrada y eterna voluntad después de todo, no fue gran pérdida haber roto las primeras, pues había en ellas algunas palabras mal grabadas. Debo confesarte ahora que pensé en ello mientras las hacía pedazos.

De modo que volvió a instalarse en la montaña, mientras Josué le hacia llegar subrepticamente alimento y agua. Y allí talló, esculpíó, cinceló y pulió, para luego escribir la sagrada ley, mientras con el dorso de la mano se enjugaba el sudor de la frente, diseñando primero y grabando luego la escritura ideada, que la práctica hizo resultar mucho

---

más perfecta esta vez Pintó luego nuevamente con su propia sangre las letras, y descendió, al fin, con la Ley bajo el brazo.

Israel había sido notificado de poner fin a su penitencia y vestirse de fiesta - exceptuando los aros, por supuesto, que fueran destinados a tan vil objeto. Y todo el pueblo acudió a recibir a Moisés para recibir de él lo que les trajera de la montaña sagrada, el mensaje de Jehová, las Tablas, conteniendo el Decálogo.

- ¡Tómalas! Oh, sangre de mi padre - dýjoles - y consérvales como cosa sagrada en el tabernáculo de Dios. Pero lo que allí está escrito, consévalo como cosa sagrada en cuanto hagas o dejes de hacer. Porque allí está condensada la alianza eterna y divina con el Señor, la piedra fundamental de toda decencia y buena conducta, y Dios mismo la ha escrito con mi pequeño buril. En vuestra lengua la ha escrito, pero con signos que de ser preciso pueden escribir todas las lenguas del mundo; porque El es Dios del universo entero. Esta es su palabra, y su palabra, aunque está dirigida a ti, ¡oh Israel!, es palabra universal.

"En la misma roca de la montaña he grabado los principios fundamentales de la conducta humana, pero de igual modo deben quedar grabados en tu sangre y tu carne, oh, Israel, para que todo aquel que infrinja cualquiera de los Diez Mandamientos se estremezca en su conciencia y ante Dios, y sienta helado su corazón por haber traspuesto el límite que Dios señala Bien sé yo, y Dios mejor todavía, que sus mandamientos no serán obedecidos, y que siempre se faltará a ellos. Mas todo aquel que infrinja las divinas leyes, desde ahora en adelante, sentirá que se le hiela el corazón, porque la ley está escrita en su sangre y en su carne, y sabrá que Su Palabra tiene valor.

"Pero maldecido será el que se levante para decir: "¡Ya no tienen validez!" Maldecido será el que os enseñe: "¡Subleaos y libertaos de ellas, mentid, robad, matad, prostituos, deshonrad a vuestro padre y a vuestra madre, libradlos al cuchillo, y cantad loas a mi nombre porque yo os proclamo vuestra libertad!" Maldecido será quien os presente un becerro y os diga: "¡Aquí está vuestro Dios! En su honor haced todo eso, y danzad una nueva danza en tomo suyo" Vuestro Dios será muy

---

poderoso, habrá de sentarse sobre una silla de oro y será el más sabio de todos, porque él conoce el corazón humano. Porque aquel que crea que sólo maldad existe en el corazón humano a partir de la juventud, y sólo esto sabe, será tan estúpido como negra la noche, y más le valdría no haber nacido nunca, porque ése no sabe del sagrado vínculo entre Dios y el hombre, vínculo que ya no puede romper, ni el hombre ni Dios, porque es inviolable. La sangre correrá a mares a causa de tan negra estupidez, hasta que desaparezca el rubor de las rojas mejillas de la humanidad, pero ya no habrá remedio, porque será eliminado. Y yo levantaré mi pie - dice el Señor - y arrojaré al blasfemo al pantano, hasta el fondo de la tierra, a ciento doce brazas de profundidad, y hombres y bestias contemplarán en tomo el sitio donde lo habré hundido, y los pájaros del cielo se alejarán de él, cobrando altura para no volar por encima. Y quienquiera pronuncie su nombre, deberá escupir a los cuatro rincones de la tierra, y se limpiará luego la boca, y dirá: ¡Dios nos libre! Que la tierra vuelva a ser la tierra, valle de lágrimas, sí, pero no pozo de iniquidades. Decid todos: “¡Amén!” Y el pueblo entero dijo: “Amén”.